

# Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

# Órbitas de muerte

Hubo momentos en la Historia en que los satélites espaciales tuvieron una gran importancia, pues gracias a ellos podían adquirirse conocimientos hasta entonces inéditos sobre el planeta Tierra. ¡Maravillosa ciencia espacial, que había de facilitarnos grandes adelantos de toda clase…! Incluso adelantos en espionaje. ¿Acaso no era un adelanto formidable poder espiar nada menos que toda Rusia sentados cómodamente ante una pantalla donde se reflejaban las informaciones que enviaban los satélites-espía que sobrevolaban la Unión Soviética? Por lo tanto, Estados Unidos procedió a ello, colocando en órbita varios de estos satélites, y también por lo tanto los rusos se enfadaron con USA. Este fue el punto de partida de una misión mía extraordinaria y plena de sorpresas y retorcidos planes de espionaje. Mi misión empezaba en Barcelona, España, y hacia allí partí, dispuesta a evitar que nuestros satélites fuesen exterminados en aquellas terribles ÓRBITAS DE MUERTE…



Lou Carrigan

# Órbitas de muerte

## Brigitte en acción - 297

**ePub r1.1**
**Titivillus** 13.06.2019

Lou Carrigan, 1980
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



# Brigitte
# EN ACCION



# Capítulo primero

El pequeño y veloz helicóptero se posó sobre la zona de césped próxima al gran edificio de la Central de la CIA en Langley. Y, apenas se habían detenido las aspas del aparato, cuando dos personas saltaron de este.

Primero fue el hombre que lo había pilotado hasta allí. Y este hombre tendió los brazos hacia la portezuela del helicóptero, para ayudar a la bellísima muchacha que aceptó con una sonrisa la realmente innecesaria colaboración.

—Gracias, Simón —dijo la divina criatura—. Me parece que tiene que esperarme usted aquí mismo. ¿No es así?

—En efecto. Pero no hay prisa. Yo por usted esperaría mil años… Aunque solo fuese por el placer de viajar en su compañía. Lo he pasado divinamente.

—Me alegra mucho —rio Brigitte Montfort—. Hasta ahora.

Hizo un gesto de despedida con una de sus preciosas manos, y comenzó a caminar hacia el edificio. Estaba ya muy cerca de este, cuando en un lado vio, discretamente colocado, un grupo de hombres que, inmóviles, la miraban fijamente, con los ojos muy abiertos. Sonriendo con toda la dulzura de que era capaz, la señorita Brigitte Montfort, alias la temible, temida y siempre implacable e invencible agente «Baby», agitó de nuevo su mano en un saludo hacia aquel grupo de hombres. Saludo que acto seguido fue respaldado por un beso que les tiró agitando los deditos.

Las sonrisas de los hombres resurgieron inmediatamente y la devolución del beso aéreo fue tan copiosa que Brigitte continuó su camino hacia el edificio riendo en verdad divertida. Allá tenía unos cuantos de sus Simones, un grupo de agentes de la CIA del grupo de Acción, que, misteriosamente enterados de la llegada de Baby a la Central, no habían querido perderse contemplar a su amada reina.

Poco después Brigitte entraba en el edificio. Por supuesto, las

miradas de todas cuantas personas se cruzaban con ella mostraban el pasmo que les producía su belleza. Incluso las de algunas mujeres. Pero lo que poquísimas de aquellas personas que se cruzaban con Brigitte sabían, era que la persona de grandiosos ojos azules, boquita sonrosada y larga cabellera negra suavemente ondulada y cuerpo escultural, era la espía de más renombre en el mundo entero y en todos los servicios de espionaje especialmente: la agente Baby. La secretísima agente Baby que, si bien con este nombre era un personaje digno de ser temido en todo momento, en cambio era una persona dulcísima y amable cuando utilizaba su verdadera personalidad de Brigitte Montfort, la también mundialmente famosa periodista neoyorquina ganadora del premio Pulitzer.

Pocos minutos más tarde, Brigitte se detenía ante la puerta de uno de los recónditos despachos del edificio de la Central del espionaje norteamericano. Pulsó el timbre situado a la derecha de la solidísima puerta, y alzó la cabeza. Arriba, sobre el marco, la pequeña luz se encendió en un tono verde. Inmediatamente Brigitte asió la manilla, empujó la puerta y entró en el despacho, cerrando tras ella.

Su mirada fue inmediatamente hacia el hombre que estaba sentado tras la mesa del amplísimo despacho. Es decir, había estado sentado pero ahora, tras terminar de incorporarse, rodeó la mesa y se acercó hacia su niña mimada, tendiendo efusivamente la mano. Aquel hombre de largos cabellos entrecanos y abundantes, que le conferían el aspecto de una melena de león, y que caminaba cojeando ligeramente, era *Mr*. Cavanagh, el jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA.

Es decir, el hombre que dirigía todas las acciones peligrosas de los espías norteamericanos.

—Gracias por venir, Brigitte —sonrió mientras alargaba la mano hacia ella—. ¿Ha tenido un viaje agradable?

Brigitte ignoró aquella mano, pero, en cambio, puso las suyas en los hombros de *Mr*. Cavanagh y lo besó en ambas mejillas. Luego, miró dulcemente los grandes y penetrantes ojos de Cavanagh.

—Por supuesto que he tenido un viaje agradable —murmuró—. Usted siempre me envía al más simpático de los Simones a recogerme.

—Hago lo posible —sonrió a su vez Cavanagh—. Aunque eso no es demasiado difícil para mí, ya que sé muy bien que para usted todos los Simones son simpáticos.

—En efecto —asintió Brigitte—. Son tan simpáticos que se ríen muchísimo con los chistes que les cuento durante el viaje.

—No sabía que usted era aficionada a los chistes —alzó las cejas Cavanagh.

—Personalmente, no demasiado, y debo admitir que no tengo mucha chispa para contarlos, pero recuerdo los que me cuenta Frankie y procuro contarlos, a mi vez, lo mejor posible. Casi siempre tienen éxito.

—Pues me sorprende —casi rio Cavanagh—, porque los chistes de Minello son generalmente abominables.

Rieron los dos, y Cavanagh señaló uno de los sillones colocados ante su mesa. Esperó a que Brigitte se sentara, se sentó él a su vez y le ofreció un cigarrillo a la espía.

Ya fumando ambos, Cavanagh no se anduvo con rodeos.

—Tenemos un problema en España —dijo.

—¿En España? —Casi respingó Brigitte—. No me diga que se ha estropeado esa flamante democracia.

—No… No se trata de eso. El problema no está relacionado con España salvo en cuanto se refiere a que tengamos allí un personaje que nos interesa sobremanera. Su nombre es David Tchekov y está considerado como un aceptable técnico espacial soviético.

—¡Oh, no! —Gimió cómicamente Brigitte—… ¡Más técnicos espaciales soviéticos no, por favor!

Cavanagh no tuvo más remedio que sonreír.

—Bueno… Comprendo su actitud, pero los tiempos que corren están bajo el dominio de la técnica espacial y debemos adaptarnos a estas circunstancias.

—Supongo que sí —se resignó Brigitte—. ¿Qué hace en España ese técnico espacial ruso?

—Se ha pasado a nuestro bando.

—Ah.

—No es nada nuevo, lo comprendo —asintió Cavanagh pensativo—. Y a decir verdad, lo que ofrece quizá no merezca excesivamente nuestro interés, ya que muy pronto lo habremos conseguido por nosotros mismos.

—¿Qué es lo que ofrece el camarada Tchekov?

—Unos planos y su información y colaboración personal.

—Fantástico, increíble, pasmoso —se burló evidentemente la espía internacional—. ¿Acaso esos planos nos enseñarán cómo construir ciudades espaciales en las que la vida del hombre sea absoluta y realmente feliz?

—Usted siempre dispara con bala —gruñó Cavanagh—. Sabe muy bien que el hombre no está capacitado para ser feliz.

—¡Santo cielo! —Brigitte se llevó las manos a la cabeza—. ¡Pero que dice usted, hombre de Dios!

—Pues digo lo que está resultando evidente en todo el mundo.

—Pero su explicación de la infelicidad humana no es correcta, querido mío. La infelicidad humana proviene de la actitud que ante la vida ha tomado el ser humano… O cuando menos alguno de los seres llamados humanos. Por lo demás, si pudiéramos eliminar a todas esas personas cuya codicia, deseo de poder y confort personal, está sojuzgando al resto de la Humanidad usted se daría pronto cuenta de que el hombre está capacitado… yo diría que incluso predestinado a ser feliz por sí mismo y en cualquier momento.

—Bien, bien… Es un tema que requeriría una larga conversación en un lugar más amable que este es que nos hallamos. Si le parece lo dejaremos para cualquier momento en que tenga el placer de estar invitado a su casa de Nueva York, y estemos degustando una de sus magníficas botellas de champaña. Mientras tanto, si no le molesta, preferiría que hablásemos de esos planos y esa colaboración personal que nos ha ofrecido David Tchekov.

—De acuerdo.

—Como usted sabe —pareció quedar de nuevo pensativo Cavanagh—, desde hace algún tiempo nuestro sistema de espionaje por medio de satélites espaciales está sufriendo graves percances. Uno tras otro, la mayor parte de los satélites que tenemos en órbita están siendo destruidos por una fuerza que cualquier ingenuo calificaría de misteriosa. Nosotros, que no somos ingenuos y que no creemos en los misterios sin explicación, sabemos perfectamente que esa fuerza que está destruyendo nuestros satélites espías ha sido creada y esté dirigida por la ciencia espacial soviética.

—Deberíamos pedirles a los rusos una indemnización cuantiosa por daños y perjuicios. Entiendo que esos satélites espías no son

precisamente baratos.

—Su buen humor es reconfortante —refunfuñó Cavanagh—. Pero el hecho es que la Unión Soviética está lanzando satélites que, por allá arriba, acuden al encuentro de los nuestros, se estrellan contra ellos, y los destruyen. Últimamente todo satélite que pasa por encima de Rusia es destruido. De pronto, enmudece y nunca más se vuelve a saber nada de él. Por supuesto, sus restos quedan flotando para toda la eternidad en el espacio.

—¿Eso lo sabemos con toda seguridad?

—Naturalmente. Pero una cosa es la seguridad que tenemos nosotros y otra cosa es probarlo. En definitiva, no podemos hacer nada contra esta situación. Nosotros lanzamos satélites espías, los rusos envían sus contrasatélites y nos los van destruyendo. Por supuesto, nosotros estamos ya trabajando para conseguir unos contrasatélites como los de los rusos, a fin de hacer lo mismo con los satélites espías de ellos que sobrevuelen territorio norteamericano. Sin embargo parece ser que la consecución de esos ingenios todavía tardará no menos de un año en estar lista para ser utilizada.

—Lo que significa que durante todo un año más, como mínimo, tendremos que seguir soportando la… desaparición de nuestros satélites espías que pasen sobre Rusia… Es decir, prácticamente todos nuestros satélites espías.

—Así están las cosas —asintió Cavanagh—. Es decir, estaban, ya que lo que nos ofrece David Tchekov es precisamente los planos y la información sobre estos satélites contraespías y el modo de fabricarlos. Si conseguimos esos planos y esa información de David Tchekov, podremos concluir inmediatamente la construcción de nuestros satélites contraespías y lanzarlos contra los que lanzan los rusos sobre nosotros; y, por supuesto, conociendo cómo funciona un satélite contraespía, podremos fabricar otros que sean capaces de eludir ese choque en el espacio. Y de este modo los nuevos satélites espías norteamericanos volverían a funcionar impunemente, completamente a salvo sobre todo el territorio soviético.

—¡Zambomba!, como diría Frankie —movió la cabeza Brigitte —. Yo diría que esa es una buena oferta del camarada Tchekov.

—Lo es. Adelantar en un año nuestras posibilidades de devolver a los rusos golpe por golpe, y además disponer de satélites que

pudiesen esquivar los encuentros con los que ellos envían para destruirlos, sería realmente un gran negocio. No solo en su aspecto económico sino por supuesto, técnico…, y básicamente de espionaje.

—Sin duda. ¿Qué es lo que pide Tchekov a cambio de sus planos y su información?

—Simplemente, que lo admitamos en Estados Unidos. Es uno de tantos rusos que optan por pasarse al mundo libre.

—Divinas palabras —sonrió secamente Brigitte—. Mundo libre. ¿Realmente se ha dado usted cuenta de lo que ha dicho, señor?

—¡Ejem…! —Carraspeó Cavanagh—. Bien, el asunto está del siguiente modo. Hace unos días, David Tchekov consiguió ponerse en contacto con los nuestros en determinado lugar de Alemania. Desde allí, nuestros servicios en ese país arreglaron el traslado de David Tchekov a París. El viaje lo hizo Tchekov acompañado por dos de nuestros mejores agentes. La primera escala era París, desde donde estaban preparándolo todo para que Tchekov fuese enviado directamente a Estados Unidos. Pero a los pocos minutos de llegar a Orly, y cuando estaban esperando el momento de emprender el viaje, nuestros hombres y Tchekov fueron atacados. El resultado de ese ataque, que por supuesto hay que achacar a los soviéticos, fue que uno de nuestros hombres cayó muerto en el aeropuerto de Orly, el otro resultó herido, y David Tchekov desapareció.

—Espere un momento —murmuró Brigitte—. ¿Me está usted diciendo que en el aeropuerto de Orly, me han matado un Simón?

—Así es.

Quedaron silenciosos los dos.

Brigitte bajó la mirada, y durante casi un minuto permaneció inmóvil, como abstraída en la contemplación de la confortable moqueta. Por su parte, Cavanagh sabía que en aquellos momentos la espía internacional estaba intentando asimilar, con el menos dolor posible, la noticia de que uno de sus queridos Simones había sido abatido a balazos.

Uno más.

Por fin Brigitte alzó la cabeza y preguntó:

—¿El otro Simón está… bien?

—Se salvará —asintió Cavanagh—. No hay la menor duda al respecto.

—Me alegro… Del mal, el menos. ¿Dice usted que Tchekov desapareció?

—Sí. Pero dos días más tarde apareció en Barcelona. Y una vez en esta ciudad, el buen Tchekov se presentó en nuestro consulado general en esa ciudad española.

—¿Pudo hacer el resto del viaje solo y sin contratiempos? —Se sorprendió Brigitte.

—Evidentemente. Y lo hizo utilizando un pasaporte francés a nombre de Jules Bertier. Pero eso no debe sorprendernos ni hacernos desconfiar, puesto que es precisamente el pasaporte que los nuestros le habían facilitado en Alemania.

—Entiendo. Bueno, así las cosas hay que comprender la actitud de Tchekov. Sabiendo que si iba acompañado de agentes de la CIA atraería irremisiblemente a los agentes de la MVD, prefirió continuar el viaje solo, y se las arregló para conseguirlo. De modo que se presentó en nuestro consulado de Barcelona y supongo que se dio a conocer allí a las personas adecuadas para que fuese atendido debidamente; y la noticia de su presencia allí fuese enviada a la Central.

—Así es. Exacto.

—Bueno… ¿Cuál es el problema? Si tenemos a Tchekov en Barcelona después de despistar a los rusos en París…

—Al parecer, no los despistamos. Resulta que alrededor de nuestro consulado en Barcelona se ha establecido un cordón de agentes soviéticos verdaderamente importante. Para romper ese cordón, nuestros hombres de Barcelona deberían recurrir inexcusablemente a la más decidida violencia.

—¡Ah…! ¿Y cómo se han enterado nuestros colegas de la MVD de que el fugitivo Tchekov está en nuestro consulado de Barcelona?

—Interesante pregunta —pareció morder las palabras Cavanagh —. Suponemos que se han enterado del mismo modo que se han enterado de otras cosas de lo que últimamente están sucediendo en Barcelona.

—No comprendo… Mejor dicho, quisiera no comprender.

—Pues lo lamento, pero tiene que comprender bien lo que ha comprendido. Tenemos la sospecha… Mejor dicho, yo diría la certidumbre de que hay un traidor en nuestro consulado general en Barcelona. La sospecha se refiere a la personalidad de ese traidor.

Últimamente, como le digo, muchas de las cosas que suceden en Barcelona, tanto en lo que atañe a los asuntos estrictamente de consulado, como a ciertas actividades de la CIA en esa ciudad, pasan a conocimiento de los rusos. Estamos segurísimos de eso. Y las sospechas recaen sobre un empleado del consulado.

—¿Quién es nuestro traidorcete? —musitó Brigitte.

—Yo no lo llamaría propiamente «nuestro» —negó Cavanagh tendiendo unas fotografías a Brigitte—. El hombre en cuestión no es norteamericano, sino español. Ahí tiene unas cuantas fotografías de él. Su nombre es Andrés Salmerón.

Brigitte examinó rápidamente las fotografías del hombre llamado Andrés Salmerón, español, empleado en el consulado general de los Estados Unidos en la ciudad de Barcelona, España.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, de cabellos largos de color castaño, ojos grises, y un simpático y casi impresionante bigote de guías ligeramente caldas. Sus facciones resultaban, en general, agradables y viriles… Y un tanto burlonas.

—Parece simpático —murmuró la divina espía—… Pero en espionaje ya estamos más que hartos de personajes simpáticos. De todos modos, dice usted que sospechamos de él, no que tenemos la certeza de que es un traidor.

—Casi la certeza —puntualizó Cavanagh—. Uno de los nuestros está sometiendo desde hace algunos meses a control a Andrés Salmerón, y todos sus informes van indicando, progresivamente, que Salmerón es un hombre que tiene un juego oculto, que se dedica a actividades que muy hábilmente consigue escamotear de la vigilancia del hombre que le está vigilando.

—Entonces tenemos —sonrió Brigitte de nuevo— que Andrés Salmerón es un hombre inteligente.

—Por supuesto. No creo que en nuestro consulado admitan personal nativo con índice de inteligencia bajo, por el contrario, interesan empleados que sean inteligentes y eficientes. Y no cabe la menor duda de que Andrés Salmerón lo es.

—Es bueno ser inteligente —musitó Brigitte—. Pero a veces, precisamente por serlo demasiado se complica uno la vida. ¿Cree usted que ha sido Salmerón quien ha informado a los rusos de que Tchekov está en el consulado de Barcelona?

—¿Quién, si no? Jason Pritchard… Bueno, lamento haber

pronunciado el nombre de este Simón, pero quizá sea conveniente que usted lo conozca a fin de ponerse en contacto con él y tomar ambos una decisión adecuada respecto a Andrés Salmerón.

—Lo que significa que tiene usted ha decidido que yo vaya a Barcelona.

—Considero conveniente su presencia allí. Y por varios motivos. Uno de ellos es que si Andrés Salmerón es efectivamente un traidor, nadie más capacitada que usted para tomar sobre él la decisión más adecuada. Lo dejo en sus manos. Luego, está el hecho de que nos interesa, yo diría que considerablemente, que David Tchekov pueda salir de Barcelona sano y salvo para ser trasladado a Washington. Y tanto una cosa como otra considero que debe ser hecha con… elegancia y una efectividad a toda prueba. Lo cual, naturalmente, me ha impelido a recurrir, una vez más, al mejor elemento del Grupo de Acción de la CIA.

—Gracias por sus elogios —sonrió Brigitte—. Y entiendo perfectamente que, aparte de solucionar las cosas con respecto a Salmerón, debo arreglármelas para conseguir que Tchekov llegue a nuestro país con sus planos y su información y, naturalmente, todo ello sin escándalos, sin crear situaciones que podrían resultar molestas para todos… Molestas sin contar con que, considerando la decidida actitud de los rusos de tener rodeado el consulado, incluso podría haber heridos y yo diría que hasta muertos.

—Sí. Y, claro está, nosotros preferiríamos que todo esto fuese resuelto con gran estilo.

—¿Con el mismo gran estilo que los rusos han utilizado en Orly, matando a uno de los nuestros? —preguntó gélidamente Baby.

—Bien… Hay que comprender la actitud de los rusos. De todos modos, los nuestros también dispararon y tengo entendido que hubo algunos heridos entre los soviéticos. Pero en toda esta cuestión no voy a tratar de influenciarla en ningún sentido. Ya sé que cuando le matan a uno de sus muchachos, usted no se concede tregua hasta que lo ha vengado… Pero, generalmente, usted adopta esta actitud cuando el agente en cuestión ha sido asesinado. Y en esta ocasión yo no lo llamaría asesinato… Ha sido un enfrentamiento entre los dos servicios en el que ambos, de un modo u otro, han salido perjudicados. Son las reglas del juego… Y usted sabe que todos tenemos que aceptarlas.

—Reflexionaré sobre ello —asintió Brigitte sombríamente—. Mientras tanto se me está ocurriendo que quizá podríamos simplificar un poco esta cuestión. Por un lado tenemos el problema considerable de sacar de España a David Tchekov… Pero mientras atendíamos esta parte del problema podríamos enviar sus planos por otro lado. ¿No le parece?

—No es posible, porque Tchekov se niega a entregar los planos. Dice que solo dirá dónde están, y los recogerán, cuando él haya sido puesto a salvo de esta situación. Es una actitud que también debemos comprender, supongo.

—Sí, por supuesto —asintió Brigitte—. David Tchekov sabe que su vida en sí no nos interesa demasiado, pero que la tendremos muy en cuenta y la protegeremos mientras dependa de él que obtengamos esos planos que posiblemente harían innecesaria cualquier información personal por su parte.

—Así están las cosas —admitió Cavanagh.

—De acuerdo. Saldré para Barcelona lo antes posible. ¿Alguna cosa más señor?

—Por mi parte, no. Pero Mc Gee se enteró de que iba usted a venir y me dijo que le avisara cuando llegara… y supongo que en estos momentos está esperando afuera mi autorización para entrar en el despacho.

—El buen Mc Gee —sonrió Brigitte—. Por favor, que entre ahora mismo.

Cavanagh acercó la mano al pequeño panel de botones que tenía a un lado de la mesa, y pulsó uno de ellos. Mientras tanto, Brigitte, que se había puesto en pie volviéndose hacia la puerta, vio cómo la luz roja que había sobre el marco de esta se apagaba y aparecía la de tono verde. En el acto la puerta se abrió y entró el inefable y casi indescriptible Mc Gee. Increíblemente alto, delgado, desgarbadísimo, con unas zancas que parecían incapaces de sostenerle a cada paso que daba, Mc Gee, que llevaba un paquete bajo un brazo, se acercó como una gigantesca grulla hacia la divina espía, sonriendo simpáticamente. Era un hombre de unos sesenta años, de hirsuta cabellera que parecía una escoba vieja puesta al revés, y diminutos ojos perspicaces e inteligentes, protegidos por las lentes de gruesos cristales que paliaban la tremenda miopía del jefe de Armamentos Especiales de la CIA.

—Hola —saludó tendiendo la mano hacia Brigitte—. ¿Cómo está la niña mimada de la CIA?

Riendo, Brigitte se acercó a él, se colgó de su larguísimo y seco pescuezo, y lo besó ruidosamente en ambas mejillas, dando lugar a lo que siempre la hacía reír, esto es, el súbito e intensísimo sonrojo del buen Mc Gee… Bueno, al menos para la agente Baby y para muchos otros agentes de la CIA, a quienes proporcionaba sorprendentes e increíbles trucos de toda clase que, en muchas ocasiones, habían servido incluso para salvarles la vida.

—Aquí tenemos al tortuoso y maquiavélico Mc Gee —dijo cariñosamente Brigitte—. En cuanto a mí, estoy perfectamente. ¿No se nota?

—Claro que sí, hijita, claro que sí. Está usted más divina a cada segundo de su vida que transcurre.

—Eso es todo un elogio. Nada menos que a cada segundo. Bueno, de seguir así las cosas, supongo que no tardaré mucho en ser tan bellísima, tan divina que finalmente llegaré a causar repugnancia. Es como los pasteles: gustan moderadamente, pero el exceso produce tal empalago que dan lugar a la repugnancia.

—¡Oh, no, no! —exclamó sobresaltadísimo Me Gee—… Su belleza nunca producirá empalago, ni repugnancia. ¡Ya quisiera yo ser tan hermoso como usted!

—Bueno —rio Brigitte, mirando de reojo a Cavanagh, que hacia esfuerzos para no reír también—. Me parece que si usted fuese tan hermoso como yo, estaría convertido en todo un gay, querido Mc Gee. Y no lo digo porque sus tendencias sean estas, sino parque al verlo tan precioso habría muchos hombres que le buscarían para proponerle intercambios de amor.

Mc Gee quedó unos segundos entre aterrado y estupefacto. Por fin, movió la cabeza con gesto pesaroso, y farfulló:

—Me parece que no me gustaría eso. No señor, no me gustaría nada en absoluto.

—Pues no se preocupe porque me parece que no va a suceder. Bien… Me dice *Mr.* Cavanagh que quería usted verme.

—¡Ah, sí…! Tengo una cosa para usted. Le gustará.

Mc Gee se acercó a la mesa de Cavanagh, colocó sobre ella el paquete, lo deshizo, y se volvió a mirar a Brigitte, que se había colocado junto a él. La espía contemplaba sorprendida lo que Mc

Gee había depositado sobre la mesa.

Era, simplemente, un maletín rojo con florecillas azules estampadas… Es decir, un maletín idéntico al que la divina espía solía llevar en sus desplazamientos por todo el mundo, cuando se convertía en la agente Baby. Un maletín repleto de trucos de todas clases.

—Bueno —miró todavía desconcertada Brigitte a Mc Gee—… Es un maletín de los que supongo tiene usted una buena producción para el caso de que, como ha ocurrido con frecuencia, pierda el que llevo en última misión. ¿O no es así?

—*Parece* un maletín *idéntico* a los que le he estado proporcionando hasta ahora. Sin embargo, por supuesto, no solo contiene los trucos habituales y que usted ha utilizado con frecuencia, sino que este nuevo maletín, y los que le iré fabricando sucesivamente, tiene un doble fondo mucho mejor concebido. Podría usted llevar las cosas ahí con la plena certeza de que nadie más que usted… y yo, naturalmente, podemos localizar y abrir este doble fondo. Además, está forrado interiormente con un material de mi invención que aísla cualquier cosa que esté contenida en ese doble fondo… Me refiero a que un examen normal, manual y visual, por decirlo así, del maletín, jamás permitirá ver que tiene un doble fondo. Pero además, en el supuesto de que su maletín sea colocado ante cualquier tipo de aparato detector, pongamos por ejemplo de los que se utilizan ahora en los aeropuertos para controlar la presencia de armas, cualquiera de estos aparatos, digo, no obtendrá ningún resultado de este maletín. Si usted coloca la pistola en este doble fondo, nunca, en ningún aeropuerto, podrá ser detectada.

—Estupendo —asintió realmente entusiasmada Brigitte—, porque últimamente empezaba a tener bastantes dificultades, e incluso contratiempos, para tomar el avión llevando mi pistolita.

—Pues, querida niña, se le han terminado las dificultades y los contratiempos. Puede usted viajar a cualquier parte del mundo y pasar cualquier control sin que el contenido de ese doble fondo, y ese doble fondo mismo, sean detectados por nadie, ya sea a mano o electrónicamente.

—Es usted un genio —aseguró Brigitte—. Un verdadero genio, Mc Gee.

—Bueno —se sonrojó ahora de placer el jefe de Armamentos

Especiales—… Simplemente me gusta mi trabajo, y procuro ir superándome continuamente.

—Así debe ser, Y como premio a su inteligente actitud profesional, le voy a dar algo que, estoy segura, nunca ha tenido usted.

—¿Qué puede ser? —se excitó cómicamente Mc Gee—. ¿Qué puede ser esa cosa que yo nunca he tenido?

Brigitte volvió a colgarse de su cuello, le sonrió, y cuando Mc Gee se desconcertaba nuevamente, lo besó en los labios. Estuvo así durante cinco o seis segundos. Cuando se separó, el esperpéntico Mc Gee tenía los ojos cerrados, estaba lívido y se tambaleaba. Por fin, Mc Gee abrió los ojos y, medianamente recuperado, consiguió tartamudear:

—A cambio de premios como este soy capaz de inventar… soy capaz de inventar… cualquier cosa que nadie haya inventado.

—Eso son los inventos —rio Brigitte—. Si inventase usted algo que ya habían inventado antes otros, pues no sería un invento. Si quiere, Mc Gee, además de mi beso puedo darle otro premio…, que consiste en una sugerencia para que empiece usted a pensar en un invento en el que, estoy segurísima, nadie ha pensado todavía en poner manos a la obra.

—¿Qué clase de invento? —exclamó Mc Gee súbitamente transformado.

—Bueno, en realidad se trata de una bomba.

—¿Una bomba? —se decepcionó Me Gee—. ¿Usted va a darme idea para… una bomba?

—Sí. Pero una bomba muy especial. La bomba A.

—¿La bomba A… de atómica?

—Claro que no, querido. De Amor. ¿No sería maravilloso que usted fuese capaz de inventar una bomba que, lanzada sobre determinada población o país, diese lugar a un… estallido de amor por todos los seres que quedasen afectados por la explosión, por llamarla de alguna manera?

—Sería maravilloso… ¡Y me gustaría muchísimo poder inventar una bomba así!

—Pues manos a la obra, Mc Gee —rio de nuevo Brigitte—. Y mientras usted se dedica a inventar la bomba A, de Amor, vamos a ver si yo consigo solucionar un pequeño problema que tenemos en

España. Naturalmente, usaré su nuevo maletín…, y espero que no me falle usted. La verdad es que no me gustaría que nada más poner los pies en España me detuviese la policía…

# Capítulo II

Pero no. La señorita Brigitte Montfort no tuvo ningún inconveniente a su llegada al aeropuerto de Barajas, cercano a Madrid.

Allí mismo, en Barajas, la estaba esperando un hombre de aspecto corriente que en modo alguno habría llamado la atención. Pero, puesto que ella sí llamaba la atención, fue rápidamente identificada por el agente de la CIA, al que sencillamente, como siempre, ella llamó Simón.

Aunque la conversación, realmente, no fue muy larga. Bastó la mutua identificación, para que, acto seguido y muy discretamente, el agente de la CIA entregase a la señorita Montfort un pequeño sobre. Tras la breve despedida, la señorita Montfort se dirigió a los servicios para damas del aeropuerto, donde, como tantas otras veces había hecho, procedería a una metamorfosis. Metamorfosis que no sería en absoluto complicada en esta ocasión. Del sobre que le había entregado Simón sacó un documento nacional de identidad español, en el que constaba su fotografía, pero, de rubia y con ojos oscuros. Brigitte miró la fotografía se puso una peluca rubia y lentillas de contacto de tono oscuro y, tras guardarse el pasaje de avión para el vuelo Madrid-Barcelona, tiró el sobre al inodoro.

Una hora más tarde, la señorita Elena Martínez partía del aeropuerto de Barajas en ruta hacia Barcelona.

A cuyo aeropuerto de Muntadas llegó poco más de una hora después.

Allí sí. Allí la estaba esperando otro agente de la CIA, con el que tendría un contacto más prolongado e intenso.

Este agente tenía un coche esperando en el aparcamiento situado frente a la salida del edificio del aeropuerto. Y poco después, ambos en el coche, emprendían el camino hacia la ciudad de Barcelona, por la amplia autopista que la comunicaba con el aeropuerto.

—¿Alguna novedad, Simón? —preguntó la señorita Elena Martínez.

—Ninguna en absoluto… A no ser que llamemos novedad a la circunstancia de que los rusos estén estrechando cada vez más el cerco. En mi opinión, a medida que va transcurriendo el tiempo la dificultad de sacar a Tchekov de nuestro consulado va aumentando.

—Solucionaremos eso —dijo despreocupadamente Baby—. ¿Conocemos al jefe del grupo soviético?

—Sí, naturalmente. Su nombre es Eugen Katchurian. Por cierto, que él personalmente está ejerciendo una intensa vigilancia frente al consulado, de modo que si la ven llegar conmigo comprenderán inmediatamente quién ha llegado a Barcelona.

—Ya. Pero eso lo solucionaremos por el sencillo procedimiento de que usted me deje a cierta distancia del consulado… Claro está que eso no serviría de nada si a usted le hubiesen seguido hasta el aeropuerto y ahora llevásemos detrás de nosotros a unos cuantos rusos.

—No —movió la cabeza Simón—. Por esa parte no hay problema. El problema estará si la ven conmigo entrando en el consulado.

—Por lo que usted dice, entiendo que los rusos le conocen, pero que se ha asegurado usted bien de que no le han seguido hasta el aeropuerto.

—Exactamente.

—¿Dónde está exactamente nuestro consulado?

—En el número 33 de la Vía Layetana. Es una avenida amplia que prácticamente desde el centro de la ciudad baja hasta el puerto. No hay ninguna complicación. Además, está justo al lado de la Catedral.

—Muy interesante. ¿Qué hay respecto a David Tchekov? ¿Continúa negándose a facilitar cualquier clase de información o los planos que se ha traído de Rusia?

—Por supuesto. Insiste en que no dirá nada ni nos proporcionará nada hasta que nosotros hayamos conseguido sacarlo sano y salvo de España y lo depositemos en un lugar conveniente de Estados Unidos.

—Eso no solo es clásico, sino razonable —encogió los hombros Elena Martínez—. Por lo tanto tenemos que ser comprensivos con

David Tchekov. ¿Le paree a usted que está muy preocupado, o incluso asustado?

—Yo diría que sí.

—También eso es clásico y razonable —admitió la divina espía—. Me imagino que están ustedes al corriente de que mi misión en Barcelona es doble en esta ocasión.

—Sí. Pero en realidad no debería usted preocuparse demasiado por ese Andrés Salmerón. Lo tenemos bajo el punto de mira, y en cuanto cometa el más pequeño error, lo cazaremos. Naturalmente, ese error no puede tardar mucho en cometerlo.

—¿Se ha dado cuenta él de que está sometido a vigilancia por parte del personal norteamericano en el consulado?

—De ninguna manera. Lo que significa que, con toda la desfachatez de que ha venido haciendo gala hasta ahora, probablemente continuará con sus actividades de relación con los soviéticos.

—¿Alguien más aparte de él ha podido informar a estos de que David Tchekov está en Barcelona?

—¡Caramba! —Se sorprendió Simón—. ¡Ya lo creo que ha podido ser alguien más! Aparte del cónsul y de algunos empleados de su confianza, los que formamos parte del grupo de la CIA adherido al servicio diplomático en el consulado podemos también haber tenido relaciones con los rusos.

—Pero eso es poco probable, ¿verdad?

—Yo diría que es absolutamente improbable. Además, Andrés Salmerón tiene todos los requisitos para que sea fácil deducir que él es el traidor. Debo decirle que no se confíe demasiado con él, sea cual sea el sistema que piensa usted seguir para atraparlo. Es un hombre de gran encanto personal, muy inteligente…, y positivamente activo. Además, en muchas de las ocasiones en que lo hemos sometido a vigilancia, ha desaparecido de nuestra vista de un modo verdaderamente pasmoso.

—Esto podría indicar que se ha dado cuenta de que lo están controlando.

—No, no… No creo que sea eso. Simplemente, conoce Barcelona como la palma de su mano, y en cualquier momento es capaz de cambiar de dirección, entrar en un bar, en un edificio que nosotros desconocemos, tomar un vehículo que nosotros no sabemos por

dónde ni cuándo va a aparecer… Me refiero, naturalmente, a vehículos de transporte público. Va caminando, de pronto se para junto a un autobús o un taxi, el hombre se mete dentro, y… ¡hasta la vista!

—Entiendo —sonrió Elena Martínez—. Bien, me ocuparé de él debidamente. Pero antes, por supuesto, tengo mucho interés en conocer a David Tchekov.

—Eso seguramente le será más fácil que atrapar a Andrés Salmerón. La dejaré a usted en la plaza de Cataluña y le indicaré el camino para que llegue a nuestro consulado. Pero el paseo, que le durará aproximadamente unos diez minutos, le servirá para conocer un poco la parte vieja de la ciudad. Y hasta verá la Catedral.

—Muy interesante —sonrió levemente Elena Martínez—. Pero la verdad es que estoy un poco cansada de tanto turismo, Simón.

—Lo comprendo. Ah, aquí tiene estas llaves —se las entregó cruzando el brazo izquierdo sobre el pecho—. Son de un apartamento y de un coche. El apartamento está en la calle Aribau, 222 bis. Es el tercer piso, primera puerta. Hay un *parking* subterráneo en el mismo edificio, donde está el coche que le hemos preparado. Dejaré su equipaje en este apartamento, y pondré un papelito blanco en uno de los limpiaparabrisas del coche para que usted lo identifique cuando lo necesite.

—Gracias. Y hablando de identificaciones…

Elena Martínez abrió el maletín rojo con florecillas azules estampadas, sacó de él una funda de raso negro, cerró el maletín, y lo cubrió con la funda, disimulando su aspecto habitual que los rusos ya debían de conocer, pues habían tenido durante todos aquellos años no pocas noticias sobre él.

Poco después terminaban su recorrido por la autopista y llegaban a la plaza de España, que cruzaron por el paso subterráneo, para aparecer de nuevo en la Gran Vía. Siguiendo por esta llegaron hasta la calle Balmes, por la cual descendieron hasta la de Pelayo, que los condujo finalmente hasta la plaza de Cataluña. Allí, tras una silenciosa despedida, que fue un simple cambio de miradas, Elena Martínez se apeó del coche, bien instruida ya por Simón sobre el camino que debía seguir, y con un plano de la ciudad de Barcelona en el maletín.

Simón se alejó, y Elena continuó el camino a pie enfilando en

primer lugar la avenida de la Puerta del Ángel. Bajando por esta, a la izquierda vio un enorme termómetro de unos quince metros de altura, adosado a la fachada de una de las casas. Los grados estaban indicados por grandes rayas luminosas.

En aquel momento la temperatura en Barcelona era de 22 grados centígrados sobre cero. Y eso, a principios de noviembre. Pasmoso.

Siguió por la avenida de la Puerta del Ángel abajo, caminando tranquilamente por la amplia calzada. No había circulación de vehículos, pues aquella pequeña zona había sido convertida en «isla» exclusiva para peatones. Poco después se adentraba en calles más estrechas y retorcidas, verdaderamente interesantes en ciertos aspectos, y finalmente llegaba a la amplia plaza de Antonio Maura. Enseguida vio frente a ella la Catedral. Caminó unos pasos más, se detuvo frente a la amplia escalinata, y recorrió con la mirada la fachada.

Acabó por sonreír, y continuó caminando hacia la Vía Layetana, que estaba apenas a treinta o cuarenta metros de donde se había detenido. Al llegar al cruce de la plaza de Antonio Maura con la Vía Layetana miró a su izquierda, y vio, un poco más atrás, la entrada del Hotel Colón. Un edificio que parecía bastante confortable y que hizo pensar a la espía internacional la posibilidad de que hubiesen allí alojados algunos de los agentes soviéticos… Por supuesto, la Dirección General de Seguridad española no debía de estar en modo alguno conforme con el hecho de que en España hubiese agentes de la MVD…

Pero, tal como había dicho Simón antes de despedirse, las cosas estaban cambiando mucho en España, y actualmente, los españoles y los rusos comenzaban a ser bastante amigos. Aparte, considerando el hecho de que posiblemente un español, Andrés Salmerón, estaba cediendo información sobre las actividades del consulado norteamericano en Barcelona, esto podía contribuir a que la situación resultase bastante favorable a los rusos, al menos en el asunto que los tenía a todos ocupados en esa ocasión.

Dobló por fin la esquina de Vía Layetana, y al fondo divisó ya algunas instalaciones portuarias. Pero no tuvo tiempo de fijarse demasiado en ellas puesto que el número 33 apareció enseguida ante sus ojos. Sin vacilar, y sin mirar a ningún lado, sabiendo que ella en cambio sí era observada, como toda persona que entrase o

saliese del consulado de los Estados Unidos, Elena Martínez entró en este. Apenas lo había hecho, un hombre de considerable estatura y seria y correctamente vestido, atlético, de ojos y cabellos castaños apareció ante ella y se quedó mirándola con simpática malicia.

—¿Qué tal ha ido el viaje?

Elena Martínez alzó su mirada hasta los inteligentes y sonrientes ojos del hombre, y sonrió a su vez.

—Perdone —dijo—. Me parece que se confunde usted, señor…

Los dos habían hablado en perfecto español. El hombre que la había abordado sonrió, y movió negativamente la cabeza.

—Lo dudo. Sé quién es usted, y usted sabe ya quién soy yo. Normalmente me llamaría simplemente Simón, pero en estas circunstancias creo que la habrán informado de que mi verdadero nombre es Jason Pritchard.

—Entiendo —asintió Elena Martínez.

—Aunque actualmente se me podría llamar la sombra de Andrés Salmerón.

—También entiendo eso —murmuró la espía—. ¿Podemos subir inmediatamente a ver a… Jules Bertier?

—Por supuesto. Nuestro amigo Jules Bertier, es decir el científico espacial David Tchekov, la recibirá con gran alegría.

—¿Por qué? —Se sorprendió Elena.

—Porque nos hemos permitido informarle de que hemos recurrido a la agente Baby para que solucione esta molesta situación y lo ponga rápidamente a salvo en los Estados Unidos.

—Está bien.

Subieron a la planta que en aquel edificio ocupaba el Consulado, y poco después, tras haber recorrido algunos pasillos de este, cruzándose con personal norteamericano y español empleado en el mismo, Jason Pritchard se detenía ante una puerta situada al fondo de un pasillo. La abrió y se apartó. Elena Martínez entró en aquel cuarto dentro del cual había tres hombres.

Jason Pritchard entró tras ella y cerró.

No tuvo necesidad de indicarle cuál de aquellos hombres era el soviético David Tchekov. Ella, tras una mirada y un sonriente saludo a los dos hombres que permanecían en pie, estaba ya mirando al que permanecía sentado en una butaca mirándola con anhelante fijeza. David Tchekov debía de tener alrededor de

cuarenta años, era rubio; tenía los ojos azules y todo en él inspiraba simpatía y confianza…, demasiada simpatía y confianza a juicio de la espía más astuta e implacable del mundo.

David Tchekov, que se había puesto lentamente en pie sin dejar de mirarla murmuró por fin:

—¿Es usted la agente Baby?

—Sí —asintió Elena Martínez—. ¿Está usted bien atendido, camarada Tchekov?

—Oh, sí…, la verdad es que sí, por supuesto.

—Me alegro mucho. —Elena miró a su alrededor, captando los detalles de la pequeña habitación que había sido habilitada para que la ocupase el soviético—. Supongo que debe de estar bastante aburrido y nervioso por tener que permanecer encerrado aquí tantos días.

—Así es. Tengo la esperanza de que termine usted rápidamente con esta situación.

—Haré todo lo posible, se lo aseguro. Pero antes de tomar decisiones me gustaría hablar un poco con mis compañeros, luego con usted, y finalmente descansar un buen rato. La verdad es que cada día me cansa más viajar.

—Lo comprendo —sonrió Tchekov.

—Gracias. Discúlpeme si le dejamos ahora solo durante unos minutos.

—Claro que sí.

Elena Martínez hizo una seña a las dos agentes de la CIA que habían permanecido con Tchekov. Salieron estos, ella misma y Jason Pritchard, y fueron a otro cuarto donde se sentaron en unas sillas alrededor de una mesa, y encendieron cigarrillos.

La conversación entre Elena Martínez y los tres hombres de la CIA duró aproximadamente veinte minutos, durante los cuales Elena fue haciendo todas las preguntas que consideró oportunas para conocer adecuadamente la situación.

—¿No han hecho ustedes ningún intento de llegar a un acuerdo con Eugen Katchurian, el jefe de los agentes soviéticos? —preguntó.

—Ni siquiera lo hemos intentado —negó Pritchard—. La actitud de ellos es por demás reveladora; no aceptarán ninguna clase de trato en este asunto. Quieren a David Tchekov y lo que él sacó de Rusia clandestinamente.

—Bien… Quizá me decida un poco más adelante a entablar conversaciones con Eugen Katchurian. Hablemos ahora de Andrés Salmerón… ¿Está en el consulado ahora?

—Sí —asintió Pritchard, mirando su reloj—. Solamente son las once y media, y hasta las cinco de la tarde no termina su trabajo aquí. Aunque la mayor parte de las veces se queda media hora o una hora más. De todos modos, yo debo volver cuanto antes a mi observatorio para seguirlo, como siempre, en cuanto abandone el consulado.

—Claro. Bueno, me pregunto si hay alguna manera digamos razonable y juiciosa de que yo entre rápidamente en contacto con él.

Jason Pritchard quedó pensativo unos segundos y por fin asintió con la cabeza y dijo:

—Me las puedo arreglar para ello si no permanece usted con el ruso más allá de la hora en que Salmerón abandone el consulado.

—Eso significa que dispongo de unas seis horas… Espero que sea tiempo suficiente para llegar a saber a qué atenerme con respecto a Tchekov. Voy a ir ahora a hablar con él…, pero quiero permanecer a solas con el ruso.

—Como usted quiera —aceptó enseguida otro de los agentes de la CIA. Salieron todos de aquel cuarto, y Jason Pritchard se alejó, separándose del grupo.

Los otros dos Simones quedaron frente a la puerta del cuarto en el que estaba Tchekov, y Elena Martínez entró en acción. Cerró la puerta tras ella, y, sonriendo al ruso, fue a sentarse en otra butaca, colocada diagonalmente frente a la que él ocupaba. Además de las dos butacas había allí un par de sillas, una librería, un sofá-cama que evidentemente David Tchekov utilizaba por las noches, y un pequeño mueble junto a una ventana. Brigitte se puso en pie, se acercó a esta, y miró hacia el exterior. La ventana daba al interior de la manzana, y tras asegurarse de esto y calcular la distancia hasta abajo, la espía internacional volvió a sentarse junto al ruso, que en todo momento la miraba fijamente, con gran atención.

—En muchas ocasiones —dijo de pronto Brigitte, mirando también fijamente a Tchekov— y especialmente en una, he tenido relaciones con rusos que pretendían pasarse al lado norteamericano. En esa ocasión especial cuya operación fue bautizada con el nombre

de «Operación Estrellas», la jugada resultó ser favorable a los rusos, camarada David.

Había hablado en perfecto ruso, y David Tchekov, torciendo el gesto de auténtica sorpresa sonrió y asintió con la cabeza.

—La comprendo. ¿Eso quiere decir que desconfía de mí?

—Bueno…, cuando recuerdo la «Operación Estrellas», en la que incluso la CIA cometió una cochinada…, para que a final de cuentas resultase que la gran jugada la habían preparado los rusos, que nos querían incrustar un científico espacial en nuestro servicio, la verdad es que me siento bastante desconfiada y casi furiosa. Sin embargo, a juzgar por lo que me han dicho mis compañeros, debo pensar que usted está jugando limpio y que, en efecto, quiere pasarse con todos sus conocimientos y planos a la ciencia espacial norteamericana.

—Así es. Espero estar mejor considerado y pagado que hasta ahora en Rusia.

—¿Esos son todos los motivos? ¿Usted se pasa a Estados Unidos solo por la obtención de mayor confort, de bienes materiales…, y digamos de una mayor consideración profesional dentro de su campo?

—Usted lo ha dicho de tal modo que yo no podría decirlo mejor —asintió Tchekov.

—Entonces es usted lo que nosotros, los espías, llamamos un cochino traidor.

—En efecto —sonrió David Tchekov—. Pero un traidor que puede resultarles muy útil a ustedes.

—En cierto modo. Tenga usted en cuenta que, como es lógico, Estados Unidos sabía ya positivamente que la… desintegración de los satélites espaciales que ejercen espionaje sobre Rusia se debía precisamente a alguna maniobra técnica de los rusos. Y como también es lógico y natural, en mi país están preparando no solo un sistema de seguridad para nuestros satélites espías, sino una… contraofensiva adecuada.

—Sí. Es lógico y natural que así sea, pero con mi colaboración ustedes pueden ahorrarse muchísimo dinero y muchísimo tiempo. Creo que mi oferta es buena, Baby.

—Nadie ha discutido esto. ¿Ha oído usted hablar de mí, Tchekov?

—Bueno…, sí, francamente…, en algunas ocasiones he oído contar cosas de la agente Baby.

—Y esas cosas que ha oído usted… ¿le han servido para formarse alguna opinión concreta sobre mí?

—Parece que es usted una persona capaz de conseguirlo todo, y en la que se puede confiar plenamente —murmuró el soviético.

—Hagamos un trato, entonces. Vamos a dividir la atención de sus compatriotas que están formando un férreo cerco alrededor del consulado de Estados Unidos. Dígame usted dónde están los planos y nosotros procederemos a enviarlos hacia Estados Unidos por una ruta diferente a la que seguiremos con usted cuando le saquemos de aquí. De este modo, nosotros, cuando menos, tendremos la garantía de que los esfuerzos que vamos a realizar y el posible enfrentamiento incluso armado, con los rusos, nos rendirá algún beneficio. Creo que a un hombre de las características de usted se le puede hablar así de claramente.

—Sí. Y comprendo su postura, pero he dicho ya muchas veces, y se lo digo ahora a usted, que no entregaré los planos hasta que ustedes hayan roto el cerco ruso establecido a mi alrededor, y estemos en condiciones de emprender tranquilamente y con toda seguridad el viaje a los Estados Unidos.

—¿Es su última palabra?

—Ha sido la primera y es también la última, en efecto —asintió Tchekov.

—Supongo que no tengo más remedio que resignarme —sonrió Elena Martínez—. ¿Le importa a usted que durante unas horas le haga compañía aquí? No pienso molestarle ya que voy a dedicarme a dormir.

—¿Se va a poner a dormir ahora? —Se pasmó David Tchekov.

—Pues sí. Cuando estoy en pleno trabajo no puedo dormir cuando quiero, así que tengo que aprovechar para hacerlo cuando puedo.

—Bien…, espero que descanse a gusto —acabó por sonreír el ruso.

—Gracias.

Elena Martínez se dirigió hacia el sofá-cama. Depositó el maletín forrado de raso negro a un lado, procedió a quitarse los zapatos, y el vestido, que dobló cuidadosamente y colocó en el respaldo de

una de las butacas, y acto seguido, vestida únicamente con los diminutos sujetadores y los casi transparentes pantaloncitos, se tumbó en el sofá-cama, se colocó de lado con respecto a David Tchekov, y tras sonreír suavemente a este, cerró los ojos.

# Capítulo III

Cuando los abrió, David Tchekov continuaba sentado en la butaquita, mirándola a ella atentamente pese a que tenía en las manos una revista.

Elena Martínez parpadeó, se sentó rápidamente en el sofá y estiró los bracitos y emitió un graciosísimo bostezo. Luego, miró su relojito de pulsera y respingó.

—¡Zambomba! —exclamó—. ¡Pero si he dormido más de tres horas!

—Así es —sonrió Tchekov—. Sus compañeros se sorprendieron cuando me trajeran el almuerzo, pero evidentemente comprendieron que estaba usted cansada y tanto ellos como yo mismo hemos procurado en todo momento no perturbar su descanso.

—Muy agradecida, camarada Tchekov. ¿A qué se ha dedicado usted mientras yo dormía?

—He almorzado, he dormitado un poco, he leído otro poco… Pero debo confesar que la mayor parte del tiempo he estado observándola a usted. Es muy hermosa.

—Pero se habrá dado usted cuenta de que no soy rubia —sonrió Elena Martínez.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Se sorprendió el ruso—. Una mujer, para ser hermosa, no necesita ser rubia…, puede ser igualmente hermosa o incluso más siendo morena, pelirroja, castaña…, o de cualquier color. Eso en cuanto a los cabellos, naturalmente. En cuanto al tono de su piel, creo que no se podría encontrar otro más resplandeciente y hermoso.

—Es usted todo un poeta —volvió a reír la divina espía—… Oh, debo de haberme clavado el cierre…

Echó los bracitos hacia atrás, se abrió el cierre de los sujetadores y se quitó estos tranquilamente, dejándolos a un lado junto a ella,

en el sofá-cama. Se llevó una mano a la espalda y estuvo frotando allí mientras miraba sonriente a David Tchekov, cuyos ojos estaban inexpresivamente fijos en los bellísimos senos turgentes y henchidos de la espía.

—Estoy acostumbrada a dormir completamente desnuda —dijo esta— y cuando duermo con alguna prenda siempre despierto con alguna molestia… ¿Sería tan amable de mirar si me ha quedado una señal en la espalda, David?

—Con mucho gusto —susurró el soviético, poniéndose en pie.

Se acercó a ella, y miró la zona que señalaba un dedito de la espía, vuelto el brazo hacia la espalda. No había allí ninguna señal y esto por el simple motivo de que Elena Martínez utilizaba unos sujetadores de la máxima calidad, que no ocasionaban esta clase de pequeños contratiempos.

—Sí —mintió con todo aplomo Tchekov—: tiene usted una señal aquí, en la espalda. Debe de molestarla bastante, supongo.

—¡Oh, sí! —Exclamó Elena—. ¿Quiere frotarme un poco, por favor?

Tchekov colocó la palma de la mano izquierda en el centro de la espalda de Elena Martínez y comenzó a presionar. Lógicamente, el torso de Elena se inclinó un poco hacia delante…, y para evitar esto y conseguir que la presión fuese continuada y lo bastante intensa, David Tchekov recurrió a un procedimiento muy sencillo: con la otra mano sujetó a Elena por el pecho de modo que el torso quedó inmóvil. En esa mano Elena puso una de las suyas, y la acarició.

—Espero, camarada David —susurro dulcemente—, que se dé usted cuenta de que me está presionando un pecho.

—Sí…, me doy cuenta perfectamente.

—Y… ¿le gusta?

—Mucho. Esta es una situación que no se me habría ocurrido ni soñar cuando salí subrepticiamente de Rusia.

—Mientras estés en contacto conmigo te encontrarás en varias situaciones que jamás habrías podido soñar —murmuró Elena—. ¿Sabes que tienes unas manos fuertes y al mismo tiempo muy suaves? Y muy hermosas, David.

—No tanto como las tuyas. En cuanto al resto de mi cuerpo, aunque no soy precisamente un adefesio, no creo que pueda competir en belleza con el tuyo.

—Quizá no —volvió a reír dulcemente Elena Martínez echando los brazos al cuello de David Tchekov—…, pero el hombre no necesita tener el cuerpo tan hermoso como el de la mujer. Por otra parte, yo encuentro siempre mucho mayor interés en el rostro, y sobre todo en los ojos, que en el resto del cuerpo.

—Ah… ¿Y qué opinas de mi rostro?

—Es muy hermoso y muy interesante —susurró la espía.

Se apretó más contra David Tchekov, y le besó en los labios. David Tchekov correspondió adecuadamente, con intensidad, al beso que estaba recibiendo de la espía más hermosa del mundo. Y mientras lo hacía, sus manos continuaran acariciando las tersas formas que parecían hechas de seda y de oro. Sin dejar de besarlo y de mantenerse abrazada al ruso, Elena Martínez se fue tumbando, hasta quedar completamente tendida de nuevo en el sofá-cama. Junto a ella, casi encima, Tchekov continuaba besándola y acariciándola. De pronto, ella apartó su boca, que quedó junto a una oreja del soviético.

—¿Estás bien? —susurró—. Quiero decir si estás en disposición de continuar adelante.

—Claro que sí —susurró también con voz tensa Tchekov.

—Pues entonces… ¿qué estás esperando?

Tchekov maniobró hasta conseguir el contacto con Elena Martínez fuese físicamente total. Dejó caer su cabeza sobre la de ella y luego se besaron…

Mientras tanto, la respiración del soviético se iba haciendo más y más acelerada, y al mismo tiempo, pesada, en su camino hacia la explosión final.

Pero de pronto, cuando estaba ya a poca distancia en tiempo y en intensidad de llegar al estallido final de placer, Elena Martínez reaccionó poniéndose súbitamente rígida y efectuando un veloz movimiento que apartó de sobre sí al soviético.

Ella se sentó rápidamente en la cama, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos hacia la puerta.

—Santo Dios —gimió—… ¡Había olvidado dónde estamos y que en cualquier momento puede entrar alguno de mis compañeros!

—No, no —jadeó Tchekov—… Ellos saben que tienen que dejarte sola conmigo salvo que tengan algo urgente o inesperado que comunicarte. ¿No es así?

—Bueno, sí… Quizás. Pero lo importante puede ocurrir en cualquier momento…

—No puedes dejarme así —farfulló el soviético tendiendo las manos hacia los senos de Elena Martínez.

Esta se dejó acariciar, y volvió a abrazarse al cuello del ruso, pero cuando este intentó volver a la posición definitiva se resistió, besándolo sin embargo cariñosamente en un lado del cuello.

—No es momento ahora, David —susurró—… Podríamos tener momentos como este muy pronto si tú facilitases las cosas.

—¿Qué quieres decir? —Gruñó Tchekov.

—Que lo mejor para todos sería que esta situación terminase cuanto antes. Si pudiésemos dividir la atención de los rusos, conseguiríamos engañarlos por partida doble. Es decir, escaparíamos de ellos tanto los que fuesen a buscar los planos, como tú y yo por otro lado… Tú y yo llegaríamos juntos a Estados Unidos y entonces…

—¿Qué estás diciendo? —Casi gritó Tchekov, sofocadísimo—. ¿Pretendes que te diga dónde he dejado los planos para enviar algunos de tus compañeros a buscarlos?

—Bueno, sí… Yo creo que es una buena idea. Y mientras ellos se iban con los planos por un lado, nosotros… Quiero decir que si ahora me dices donde están los planos, enviaré algunos compañeros a buscarlos para que los trasladen a Estados Unidos… Y mientras ellos van a por los planos, tú y yo podemos permanecer aquí todavía unas horas más a solas, y marcharnos en cuanto llegue la noche.

—Maldita sea tu estampa —jadeó Tchekov palideciendo súbitamente—. ¡Has estado haciendo todo esto conmigo solo para conseguir que te diga donde dejé escandidos los planos!

—No, no —protestó con vehemencia Elena Martínez—… De verdad que no, David. Es solo que…

—No te lo diré —jadeó Tchekov—. ¡No te lo diré aunque te entregases a mí mil veces! ¡No te lo diré hasta que yo esté a salvo o ya en ruta hacia Estados Unidos!

—No tienes porqué ser tan desconfiado, David. Lo estábamos pasando tan bien… Podrías decirme dónde están, yo enviaría a mis compañeros, y nosotros terminaríamos aquí.

—No —Tchekov se puso en pie bruscamente y procedió a

ponerse bien sus ropas—…, no te molestes más. No pienso arriesgar mi vida a cambio de un placer de unos minutos.

—Siento mucho que te lo tomes así, David —se compungió hipócritamente la divina espía—…, pero si esta es tu decisión, tendré que recurrir a otros procedimientos para solucionar este asunto.

Se puso en pie, recogió los sujetadores, y se los puso. Frente a ella demudado el rostro, dilatadas las pupilas, David Tchekov la contemplaba ahora con manifiesta hostilidad. Elena Martínez se dio cuenta de ella y sonrió dulcemente.

—No me guardes rencor, David. De verdad que estaba dispuesta a ser feliz contigo, pero me he acordado de pronto de la situación en que estamos…, y creo que lo primero que debo atender es mi trabajo.

—Será lo mejor —gruñó Tchekov—… ¡Y no vuelvas a hacer jamás esto conmigo porque soy capaz de estrangularte!

—Vamos, no te enfades —rio Elena Martínez acercándose a él y colgándose de nuevo de su cuello—. ¿No comprendes que tenía que intentarlo? Eres un hombre de carácter recio, David, pero yo también tengo un carácter recio. Y puesto que, sinceramente, pienso que lo mejor sería dividir el esfuerzo de tus compatriotas, tenía que intentar conseguir los planos para hacer esa división de rutas de fugas.

David Tchekov cerró los ojos y aspiró profundamente. Sus facciones se fueron calmando, y por fin incluso consiguió una aceptable sonrisa.

—Está bien —asintió, y se inclinó a besar levemente los labios de Elena Martínez—. Ha sido una sucia jugada por tu parte, pero no tengo más remedio que admitir que tenías que intentarlo.

—Eres muy amable —agradeció ella—. Bien, quizás en otro momento podamos terminar lo que ahora hemos comenzado.

—Lo dudo. Solo lo has hecho para conseguir los planos. Por lo demás, no creo que sientas ninguna inclinación física especial hacia mí.

—No te menosprecies —rio ella—. Perdóname, pero ahora tengo algunas cosas que hacer. Serás avisado en el momento que esté todo preparado para emprender el viaje.

David Tchekov no contestó, y Elena Martínez procedió a ponerse

el vestido, recogió su maletín y se dirigió hacia la puerta. La abrió, se volvió a mirar a David Tchekov, y tras obsequiarle con una encantadora sonrisa abandonó el cuarto.

Afuera, en el pasillo, separados y como ocupados en cosas que los mantenían absortos, estaban los dos agentes de la CIA, que inmediatamente se habían vuelto a mirar hacia la puerta. Ella les hizo una seña dando a entender que debían volver a custodiar a David Tchekov, y se alejó por el pasillo.

Segundos después entraba en el despacho de Jason Pritchard, que estaba sentado tras una mesa y fumando pensativamente un cigarrillo.

Al verla se puso rápidamente en pie y alzó las cejas con gesto interrogante.

—No hay nada que hacer —sonrió can cierta irritación Elena Martínez—. Ese hombre no está dispuesto a arriesgar nada. Decididamente, habrá que estudiar el modo de complacerlo.

—Pues ya sabe cómo están las cosas —refunfuñó Jason Pritchard —. Estamos completamente rodeados de rusos que aunque, seguramente, no conocen a muchos de nosotros, es bien seguro que conocen muy bien a David Tchekov. Y por mucho que lo disfrazásemos lo identificarían.

—Estudiaremos un modo —dijo Elena sentándose en una silla frente a la mesa de Pritchard—. ¿Qué sabemos de Andrés Salmerón?

Pritchard miró su reloj de pulsera, y murmuró:

—Todavía tardará por lo menos treinta o cuarenta minutos en abandonar el despacho donde presta sus servicios. Dentro de poco comenzaré a mirar por la rendija de la puerta del despacho para saber cuándo sale y proceder a seguirlo discretamente.

—No, no —negó Elena—. Ya convinimos antes que quiero ser yo la que se ocupe, por ahora, de Andrés Salmerón. Tenemos que encontrar el modo de hacer un contacto razonable con él.

—De acuerdo. Cuando falte poco iremos abajo, nos quedaremos usted y yo charlando allí, y cuando él baje lo llamaré y se lo presentaré.

—Estupendo —asintió Elena Martínez—. Vamos pues a esperar que nuestro hombre abandone su despacho.

Sin embargo, una hora más tarde Andrés Salmerón todavía no

había salido de su despacho.

Y Jason Pritchard, que hacía ya varios minutos que estaba atisbando por la rendija de la puerta del suyo, comenzaba a impacientarse e incluso a preocuparse.

—¿No puede haber salido por otro sitio? —preguntó Elena.

—No. Lo único que puede haber ocurrido es que hoy haya salido bastante antes de la hora habitual y por tanto estemos perdiendo el tiempo. Lo mejor será que salgamos para que yo pueda enterarme de eso.

Salieron los dos del despacho, Jason Pritchard cerró la puerta, y, justo en el momento en que se volvía hacia Elena, la puerta de otro despecho más allá se abrió, y un hombre apareció en el pasillo. Elena Martínez lo identificó inmediatamente merced a la fotografía que *Mr*. Cavanagh le había mostrado en la Central de la CIA.

Era Andrés Salmerón, que se dirigía ya, caminando con paso elástico y poderoso, hacia la parte del pasillo donde estaban ellos. Salmerón miraba a Pritchard sonriendo, y cuando estaba cerca de ellos les saludó con un gesto de la barbilla y desvió su dura mirada hacia Elena Martínez, que captó regocijada el destello de admiración en los ojos del español.

—Hombre, Salmerón —exclamó con toda naturalidad Jason Pritchard—. Me alegro de verle. ¿Tiene usted prisa?

Andrés Salmerón se detuvo, volvió a mirar con evidente agrado a Elena y luego a Pritchard.

—Pues no. La verdad es que no tengo ninguna prisa en absoluto. ¿Por qué? ¿Puedo ayudarle en algo, Pritchard?

—No a mí precisamente, sino a ella —miró Pritchard a Elena—. Le presento al señor Andrés Salmerón, uno de los más eficientes empleados del consulado. Salmerón, ella es la señorita Elena Martínez, compatriota de usted, que presta sus servicios en la embajada de Madrid, y que ha venido a pasar unos días en Barcelona.

—¿Qué tal? —Tendió la mano cordialmente Salmerón—. Es un placer conocerla, señorita Martínez.

—Lo mismo digo —sonrió ella aceptando la fuerte y cordial mano del español—. Espero que realmente no esté usted perdiendo el tiempo por mi causa, señor Salmerón.

—Claro que no. ¿De qué se trata?

—La señorita Martínez —explicó Pritchard— ha venido con un encargo especial de nuestra embajada de Madrid. Pero su trabajo ya ha terminado, y puesto que ha aprovechado el viaje para pedir unos días de permiso y conocer Barcelona, creo que merece un guía mejor que yo.

—Ah —sonrió Salmerón—. ¿Y ese guía puedo ser yo?

—Bueno…, la verdad es que no quisiera que me considerase un fresco y un desaprensivo, pero admita que usted conoce Barcelona mejor que yo.

—Eso creo —asintió el español—. En resumen, entiendo que el favor que usted quiere pedirme es que lleve a la señorita Martínez a los lugares más interesantes de la ciudad a fin de que la conozca bien.

—Pues sí…, sí, exactamente.

Andrés Salmerón volvió a sonreír, miró a Elena y guiñó alegremente un ojo.

—¿Qué le parece a usted? —exclamó—. Yo hace años que estoy tratando con los yanquis, pero no hay manera de que los entienda. Aquí tiene usted el caso del amigo Pritchard. Acaba de presentarme a una criatura preciosa, encantadora, que por supuesto tiene que ser muy culta y por lo tanto hablar con ella debe de ser un placer, me pide que acompañe a esta señorita a divertirse en mi ciudad…, y parece ser que considera que el favor se lo hago yo a él. ¿Usted qué opina, señorita Martínez?

Elena Martínez no pudo evitar reír. Miró divertida a Jason Pritchard, que estaba un poco mosca, y dijo:

—Pues no sé. Evidentemente el señor Pritchard considera que usted le haría un favor a él… Pero yo estoy interpretando que se considera usted el favorecido, señor Salmerón.

—Creo que nos entenderemos bastante mejor si comenzamos a llamarnos desde ahora mismo Andrés y Elena —sonrió el español—. ¿De acuerdo?

—Por mí, encantada —volvió a reír Elena.

—Pues asunto solucionado. —Andrés Salmerón miró socarronamente a Pritchard—. En lo que a mí respecta, amigo Pritchard, puede usted dar el favor por realizado. Y con muchísimo gusto, se lo aseguro.

—Pues me alegro de que el asunto se haya solucionado a gusto

de todos —gruñó Pritchard—. Porque me parece interpretar que la señorita Martínez le encuentra a usted simpático.

—Sin la menor duda —rio de nuevo Elena—. Es simpático, amable y galante. Yo creo que una mujer no puede pedir más.

Andrés Salmerón la tomó del brazo, volvió a guiñarle un ojo, y luego miró a Pritchard.

—Adiós, Pritchard. Y gracias por permitirme hacerle este favor. Riendo, Elena Martínez y Andrés Salmerón se alejaron por el pasillo.

Poco después, todavía riendo debido a los jocosos pero siempre simpáticos comentarios de Salmerón sobre la peculiaridad del carácter norteamericano, ambos llegaban al vestíbulo del edificio, y acto seguido salían a la calle.

—¿Por dónde le parece que empecemos? —preguntó Salmerón.

—Pues no tengo la menor idea. Si estuviésemos en Madrid sabría muy bien adónde dirigirme, pero solamente estuve otra vez en Barcelona, y fue un par de días durante los cuales no hice otra cosa más que trabajar, prácticamente.

—Desagradable palabra: trabajo. Yo a lo que hago prefiero llamarle ocupación. De este modo parece que uno esté libre sin ningún compromiso, pero que para evitar aburrirse se ocupa en algo. ¿Qué le parece?

—Me parece una actitud mental muy inteligente —aprobó sonriente Elena—. Y es posible que a partir de ahora tampoco vuelva a mencionar la palabra trabajo.

—Ya verá cómo se sentirá mentalmente mejor —aseguró el simpático Salmerón—. Bueno, para empezar creo que le gustaría dar un paseo por las Ramblas. ¿Le gustaría tomar allí un aperitivo?

—Estoy completamente en sus manos, Andrés.

—Ojalá —exclamó el español.

Volvieron a reír los dos, Salmerón la tomó del brazo, y siguieron un breve trecho Vía Layetana arriba, hasta llegar de nuevo a la plaza de Antonio Maura. Pasaron por delante de la Catedral que Salmerón le señaló haciendo algunos comentarios muy bien documentados sobre ella, y luego se adentraron en unas calles estrechas que finalmente les dejaron en la amplia avenida de las Ramblas barcelonesas.

—Supongo —preguntó entonces Salmerón— que ha oído usted

hablar de la fuente de Canaletas.

—Pues no —parpadeó Elena—. No he oído nunca nombre.

—Vamos hacia arriba y se la mostraré. Es una fuente de hierro, ornamentada con una farola que, desde luego, es famosísima en la ciudad. Tiene cuatro o cinco espitas para un agua más que aceptable, y se asegura que toda persona que bebe agua de la Fuente de Canaletas vuelve tarde o temprano a Barcelona.

—Entonces tendré que beber un poco de agua en ella, porque empieza a gustarme estar aquí.

—Gracias en nombre de Barcelona y en el mío propio.

Las Ramblas tenían un paseo central muy amplio bordeado de árboles, y a los lados de este sendas calzadas para la circulación rodada, y finalmente, a los extremos, unas estrechas aceras por las que, como en el paseo central, circulaba gran cantidad de gente. Todo estaba lleno de hoteles, tiendas, pensiones, locales de venta de recuerdos, joyerías… En uno de los tramos de las Ramblas, en el paseo central de estas, y a ambos lados, había grandes puestos de venta de flores que Elena Martínez iba contemplando con curiosidad y agrado.

—Este trozo de aquí lo llaman popularmente la Rambla de las Flores. Y un poco más arriba, donde venden toda clase de animales, le llaman la Rambla de los Pájaros. Pero no solamente venden pájaros, sino también conejillos de indias, tortugas, peces, palomas, perros, gatos… En fin, animalitos variados.

—Lo encuentro todo muy agradable y simpático —asintió Elena.

—Los días laborables, sí. Pero últimamente, después del cambio político habido en España, en el que estamos intentando conseguir una auténtica democracia, los finales de semana se organizan, precisamente en las Ramblas, unas trifulcas que dan lugar a la intervención de las Fuerzas de Orden Público disparando balas de goma y utilizando otros tipos de métodos contundentes. De todos modos, si hay un lugar cosmopolita de verdad en Barcelona, y yo diría que incluso mundialmente considerado, es estas Ramblas, para pasarlo bien en ellas no tiene usted más que venir a sentarse en una de las sillas que hay en el paseo, y que le costará solamente cinco pesetas, y dedicarse a mirar a la gente que va desde la plaza de Cataluña a la Puerta de la Paz, donde está el puerto, y viceversa. Le aseguro que en una tarde desfilarán ante usted prácticamente

personas de todas las razas del mundo y toda clase de curiosos personajes.

—En ese caso no voy a tener más remedio que dedicar una tarde a contemplar ese divertido espectáculo.

—No se arrepentirá de ello. Por cierto… El Liceo está un poco más abajo. ¿Le gusta a usted la ópera?

—¡Me encanta la ópera! —exclamó Elena.

—Bueno, me parece que hoy representan la obra *Fidelio*, pero es prácticamente imposible a estas alturas, conseguir una localidad. De todos modos, si quiere, podemos intentarlo.

—No, no… Ya he visto la representación de *Fidelio* en otras ocasiones y, la verdad, creo que me gustaría conocer otros aspectos de la ciudad. En cuanto a la ópera, puesto que pienso quedarme aquí varios días, quizá consigamos localidad para otras funciones.

—Lo intentaré. Bien, estamos ya llegando a la fuente de Canaletas. Supongo que echará usted un traguito.

—Por supuesto que sí —rio Elena Martínez.

Andrés Salmerón introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su apartamento, en el edificio número seis del Pasaje de Méndez-Vigo. Un edificio no demasiado alto y que delante tenía un pequeño jardín aceptablemente cuidado. Había llegado allí ya un poco tarde, después de, efectivamente, pasear por las Ramblas, donde Andrés compró un ramo de claveles para Elena, y de tomar un cóctel en un pintoresco lugar llamado Don Quijote. Luego habían ido a cenar a un restaurante en la Plaza del Palacio, llamado Siete Puertas y donde la señorita Martínez había degustado una sopa bullavesa absolutamente excepcional.

Ante la imposibilidad confirmada de entrar al Liceo por el que por otra parte Elena no tenía grandes deseos aquella noche, optaron por tomar otra copa más, ahora en un lujoso establecimiento del Paseo de Gracia, y finalmente Andrés Salmerón había hecho la propuesta:

—¿Le gustaría escuchar algo de buena música en mi apartamento, para terminar la velada?

—Me encantaría —aseguró Elena—. Pero no quisiera molestar a usted o a su familia, Andrés.

—¿Mi familia? La verdad es que no tengo absolutamente a

nadie. Vivo solo en un apartamento que resulta demasiado grande para mí.

—Bueno, si realmente no hemos de molestar a nadie, por mi encantada.

Y allí estaban.

Andrés se apartó tras encender la luz del recibidor esperó a que entrase Elena, lo hizo él, y cerró la puerta. Señaló por el amplio pasillo, y segundos después ambos entraban en un saloncito que agradó realmente a Elena Martínez. Un saloncito en el que se notaba bien claramente que predominaba, por no decir que era exclusiva, la presencia masculina.

—Está todo un poco revuelto —se disculpó Salmerón—, pero estoy acostumbrado a este sistema de vida. La verdad es que si alguien viniera aquí a poner ese orden metódico y frío en mis cosas me sentiría a disgusto.

—Lo comprendo —murmuró Elena—. De todos modos, este es un lugar muy simpático… y muy discreto para recibir visitas… de toda clase.

—Pues sí —rio Salmerón—. Esa es la verdad. Pero en cuanto se refiere a las visitas, yo no las recibo de toda clase, más bien las selecciono con mucho esmero.

—Eso que dice, así como los cuadros, libros y muebles que veo, revela en usted un buen gusto que yo diría que es casi exquisito, Andrés.

—Bueno…, solo se vive una vez, y hay que procurar hacerlo del mejor modo posible. ¿Qué música le gustaría escuchar?

—Si es buena me da lo mismo.

—Están lanzando ahora al mercado una serie de discos y casetes de música clásica que estoy adquiriendo. Está aceptablemente bien grabada, y tanto las orquestas como los directores son de alto nivel. ¿Le gustarla escuchar, por ejemplo…, *Scherezade, Opus 35*, de Nicolai Rimsky Korsakov?

—¡Precisamente —exclamó Elena— Rimsky Korsakov es uno de mis preferidos! ¡Casi diría que el más preferido de todos!

—Pues no hay problema —sonrió Salmerón.

Se dirigió a donde tenía un estupendo aparato reproductor de discos y de casetes, introdujo una de estas en el hueco de reproducción y puso en marcha el aparato.

—Naturalmente —se volvió Salmerón hacia Elena—, la música hay que escucharla en silencio. Pero me pregunto si tiene usted algo contra el champaña.

—Todo lo contrario, me encanta escuchar buena música mientras tomo una copa de champaña.

—Tampoco en esto hay problema.

—Evidentemente está usted bien preparado para cualquier contingencia, Andrés —dijo maliciosamente Elena.

—Se hace lo que se puede —sonrió el español.

Señaló el sofá, y abandonó el saloncito. Elena fue a sentarse, vio cigarrillos en una mesita y encendió uno. Solamente se oía, muy suave, la música de *Scherezade*. En esto, ciertamente, no había mentido la espía internacional: uno de sus preferidos era Rimsky Korsakov y al parecer, también lo era de Andrés salmerón. ¿Casualidad? Debía de serlo, puesto que indudablemente ella jamás se había vendido a los soviéticos y en cambio le encantaba la música rusa.

Salmerón apareció con una botella de champaña, cuyo aspecto no podía ser más fresco, y dos copas. Depositó estas en la mesita, se sentó junto a Elena, y procedió a descorchar la botella. Sirvió en las dos copas, entregó una a su bellísima acompañante rubia, y alzó la otra.

—Salud, dinero y amor —brindó.

—Sobre todo, amor —murmuró Elena—. Aunque supongo que nadie está en condiciones de disfrutar del amor si no tiene buena salud.

—¿Y qué me dice del dinero? —rio Andrés.

—Tampoco es desagradable. Pero puestos a pedir cosas estrictamente necesarias y convenientes para el ser humano, creo que todos tendríamos suficiente con salud y amor.

—Pues salud y amor.

Bebieron un sorbo sin dejar de mirarse. Luego, Elena depositó la copa sobre la mesita, volvió a mirar fijamente a Salmerón y de pronto preguntó:

—¿Qué opina usted de los rusos?

—¿De los rusos? —se desconcertó Salmerón—. Pues… no sé. ¿Tengo que opinar algo?

—Lo digo porque el hecho de que Korsakov sea de su

predilección podría indicar una cierta simpatía personal por su parte hacia los rusos.

—Ah, no…, yo siento simpatía hacia la calidad y la belleza, sea cual sea la procedencia de ambas. En cuanto a los rusos en sí, pues… no sé qué decirle.

—Actualmente, y debido a las nuevas directrices de la política española, parece que pronto estaremos en muy buenas relaciones con los rusos.

—Sí. Y por algunos comentarios que he oído en el consulado, los yanquis no están precisamente dichosos por ello. Supongo que usted también habrá oído algunos comentarios en la embajada de Madrid.

—Sí. Pero como yo no soy norteamericana a mí los rusos no me resultan decididamente… antagónicos o antipáticos. ¿Y a usted?

Andrés Salmerón entornó los párpados y ladeó la cabeza. Sus oscuros ojos lanzaban contenidos destellos de grandísima atención y expectación.

—¿Por qué hace tantas preguntas sobre mi actitud hacia los rusos?

—Me gustaría saber si es usted amigo personal de alguno.

—¿Yo? ¿De dónde saca usted esa posibilidad?

—Pienso que sería muy interesante… y conveniente que usted tuviese algún amigo ruso, Andrés.

—¡Caracoles! ¿Y eso por qué?

—Dicen que es conveniente tener amigos hasta en el infierno —rio Elena—. ¿Por qué no en Rusia?

—¿Está usted comparando Rusia con el infierno? —Se pasmó el español.

—¡Santo cielo, claro que no! Solamente era un modo de hablar.

—Entiendo. Pero lo que no entiendo es que estemos hablando de los rusos teniendo a nuestra disposición un tema muchísimo más interesante.

—¿Qué tema?

—Por ejemplo, nosotros mismos —sonrió Salmerón, acercándose un poco más a Elena y poniéndole una mano en la mejilla—. Por lo menos, en cuanto a mí se refiere, preferiría tocar este tema nuestro, mucho más personal. Además, los rusos no tienen por qué importarnos, y menos en estos momentos… Están muy lejos de aquí.

—No lo creo así —murmuró Elena.

Andrés Salmerón, que había deslizado su mano hacia la nuca de la espía y había acercado a esta hacia sí, quedó inmóvil cuando sus labios estaban a pocos centímetros de los sonrosados de Elena Martínez.

—¿No lo crees así? —susurró—. No te comprendo.

Ella sonrió, se abrazó suavemente a él, y tomó la iniciativa en cuanto a completar el acercamiento de sus bocas. Andrés Salmerón se encontró de pronto con los labios de Elena entre los suyos, y procedió a disfrutar del profundo placer de besarlos. Mientras se besaban, Elena Martínez emitió un dulce gemido de placer, se acercó aún más a él y sus labios parecieron ofrecerse todavía más tiernos y frescos a los del español.

Sin separar sus labios, Andrés la fue empujando hasta que quedó tendida en el sofá, y él sobre ella. El beso terminó relativamente pronto, porque pareció que Elena Martínez necesitase tomar aire. Él alzó un poco la cabeza y miró los grandes ojos de ella, que le contemplaban dulcemente. Muy despacio, una mano del español se fue deslizando por el costado de Elena hasta llegar al cierre del vestido, lo abrió, lo apartó siempre con movimientos lentos y delicados, y segundos después el seno derecho de Elena Martínez, dorado como de autentico oro, aparecía ante sus ojos. Salmerón se inclinó y comenzó a besarlo. Las manos de Elena pasaron a la nuca de él y se enredaron en sus largos rizos.

—Andrés —susurró—… No, Andrés…, ahora no…

Él dejó de besar el vibrante pecho de la espía y la miró interrogante a los ojos.

—No te comprendo —susurró—… Me pareció que…

—Voy a decirte la verdad. Quiero… Mejor dicho, me gustaría conseguir un contacto discreto y directo… y también amistoso con los rusos. Concretamente, con Eugen Katchurian.

Andrés Salmerón había quedado inmóvil, rígido, como petrificado. Luego, lentamente, volvió a sentarse de modo adecuado en el sofá, siempre sin dejar de contemplar los verdes ojos fijos en él. Elena se incorporó también, ocultó su pecho, se puso bien la ropa, y permaneció en silencio esperando la reacción de Salmerón y que tanto se estaba demorando.

—Me está pareciendo entender —murmuró el español— que tú

crees que yo tengo algo que ver con los rusos.

—¿No es así?

—Quizás. Pero dime: ¿de dónde has sacado semejante información?

—Eso no importa, Andrés. Lo que sí importa es mi buena voluntad de llegar a un acuerdo con Eugen Katchurian. Un acuerdo que podríamos considerar… como personal. Resumiendo, estoy dispuesta a pagar a Eugen Katchurian la cantidad de un millón de dólares para que disuelva el cerco que tiene puesto en torno al consulado.

—¡Un millón de dólares! —Silbó Andrés Salmerón agitando una mano—. ¡Caramba, eso son actualmente unos ochenta y cinco millones de pesetas!

—Celebro que la cantidad te parezca interesante —sonrió Elena.

—¿Interesante? ¡Me parece interesantísima! Pero no comprendo…

La aparición súbita de los dos hombros fue un auténtico sobresalto para Elena y Andrés.

Estaban mirándose mientras conversaban, pero en cuanto los dos hombres aparecieron en la puerta del salón, los dos captaron su presencia y volvieron vivamente la cabeza hacia allí. En el umbral dos hombres altos, de rostros enérgicos y facciones un tanto crispadas, les contemplaban y les apuntaban con sendas pistolas provistas de silenciador. Ni siquiera el fino oído de la espía internacional había podido captar el poco ruido que debían de haber hecho al forzar la puerta del apartamento y luego deslizarse hasta allí… Claro está que esto había ocurrido por culpa de la música de *Scherezade*, que continuaba sonando en el salón.

La mirada de Elena fue vivamente hacia donde había dejado el maletín con la pistolita que no había considerado necesario llevar encima, puesto que desde el primer momento se había dado cuenta de que Andrés Salmerón no portaba armas. Un error que quizá fuese a costarle caro. De momento le costó caro a Andrés Salmerón, que tras un brevísimo instante de sobresalto y estupefacción al ver a los dos hombres, se puso en pie de un salto y abrió la boca con un gesto airado.

Desde el umbral los dos hombres dispararon a la vez. Plop.

Plop.

Andrés Salmerón emitió un doble grito ahogado, giró violentamente sobre sí mismo, cayó de bruces sobre el sofá en la parte del asiento y también la del respaldo, rebotó y rodó por el suelo, quedando finalmente tendido boca arriba, con los ojos muy abiertos y el pecho lleno de sangre.

Palidísima, demudado el rostro, Elena Martínez desvió la mirada del cuerpo de Andrés Salmerón y la volvió hacia los dos hombres que ahora la apuntaban a ella con una firmeza y decisión que no necesitaba de más demostraciones que la que acababan de hacer. Uno de los rusos desvió por fin lentamente su mirada hacia donde estaba el maletín de Elena. Fue hacia allí, lo asió y señaló con la barbilla hacia donde estaba su compañero.

Elena Martínez no necesitaba precisamente un discurso para comprender lo que los rusos pretendían. Así que se puso en pie y caminó hacia la salida del salón. El ruso que había allí se apartó, y la fue precediendo hacia la puerta, cuya cerradura, en efecto, habían forzado sin grandes dificultades para entrar. Dificultades que, lógicamente, no debían existir para espías expertos, como Elena estaba convencida eran aquellos dos hombres. Del mismo modo que estaba convencida de que eran rusos.

Los tres ante la puerta del apartamento, el que llevaba el maletín enfundado en raso negro murmuró en español:

—Vamos a salir de la casa tranquilamente. Delante verá usted un coche estacionado. Todo lo que tiene que hacer es subir a la parte de atrás. Desde luego si prefiere acabar como Salmerón solo tiene que buscarnos complicaciones.

Elena asintió, salió del piso, y seguida por uno de los rusos y precedida por el otro, descendió hasta el portal. Salió a la calle, vio el coche estacionado en doble fila en el pasaje y sentado al volante otro hombre. Segundos después estaba instalada en el asiento de atrás, entre los dos rusos que habían disparado contra Andrés Salmerón. El que estaba al volante tampoco era muy hablador. Ni hacía falta. Puso el coche en marcha y descendió por el pasaje hasta la calle Consejo de Ciento, por la que siguió hasta llegar a la de Lauria. Subió por esta girando a la izquierda, volvió a girar a la izquierda al llegar a la calle de Aragón, y se colocó en el centro de la amplia avenida de ocho carriles y de dirección única.

Uno de los rusos gruñó de pronto:

—De modo que finalmente habían descubierto ustedes a Salmerón.

# Capítulo IV

Elena Martínez volvió el rostro hacia el ruso que había hablado, y preguntó a su vez:

—¿Por eso lo han matado? ¿Porque se han convencido de que lo teníamos localizado como informador de ustedes?

—Naturalmente. ¿Qué es lo que ha conseguido usted sonsacarle a Salmerón?

—Nada importante.

—¿Nada importante? —Repitió el ruso—. Pues nos alegramos. Pensamos en no intervenir, pero finalmente llegamos a la conclusión de que no podíamos permitir que Salmerón se acostase con usted. Y ello porque tenemos la certeza de que usted habría aceptado cualquier relación sexual con él con tal de sonsacarle. ¿No es así?

—Así es.

—En cuanto a nosotros —intervino el otro ruso—, tenemos la certeza de que usted es demasiado hábil para no haber conseguido nada hasta el momento con un pobre hombre como era Salmerón. ¿Está usted de acuerdo, Baby?

—¿Qué? —Se sorprendió Elena Martínez.

—Vamos, vamos, dejémonos de tonterías. Tenemos la seguridad de que estamos tratando, ni más ni menos, con la agente Baby. Y eso ha sido precisamente lo que nos ha impulsado a intervenir de modo tan drástico. Si se hubiese tratado de cualquier otra espía de tres al cuarto, habríamos dejado que Salmerón se las entendiese con ella y pasase un buen rato en la cama gozando de la vida… y luego la echase a patadas o le cortase el cuello, pero con usted las cosas son diferentes. ¿Es o no es la agente Baby?

—Quizá —sonrió Elena.

—Bien, usted puede tomar la actitud que quiera, pero nosotros ya sabemos a qué atenernos. Y conociendo como conocemos toda la

trayectoria de la agente Baby, ni siquiera nos sorprendería que ya hubiese usted conseguido sonsacarle a Salmerón lo de Pavel Chevikief.

—Es posible.

Elena Martínez no tenía ni idea de quién podía ser Pavel Chevikief, pero si siguiendo la corriente de la conversación de los espías soviéticos podía llegar a saberlo, no tenía el menor inconveniente. Y su ingenua treta dio resultado positivo.

—Maldito sea ese puerco —masculló uno de los rusos—… Ya te dije que teníamos que haberlo liquidado hace tiempo, Volsov. Y menos mal que pese a todo, hemos llegado a tiempo. Pavel no habría tenido la menor oportunidad de salir con vida de este ya peligroso asunto si ella no estuviese ahora en nuestro poder. Por supuesto, sabiendo ya que no es el auténtico David Tchekov, sino un compañero nuestro llamado Pavel Chevikief, se habría apresurado a ir al consulado norteamericano a matarlo.

Elena Martínez tardó todavía un par de segundos en comprender el alcance de las palabras del espía ruso. Y cuando lo comprendió, notó como un tremendo puñetazo en plena boca del estómago. Tan potente, tan impresionante, que todavía tardó varios segundos más en conseguir reaccionar.

—¿Debo entender —murmuró entonces— que el hombre que tenemos en el consulado no es el verdadero David Tchekov, sino un agente de la MVD compañero de ustedes, llamado Pavel Chevikief?

Los dos rusos respingaron a la vez, y se quedaran mirándola con sobresalto y un evidente matiz de furia.

—¿Acaso no es eso lo que le había dicho ya Salmerón antes de que lo matásemos?

—No…, todavía no me lo había dicho.

—Maldita sea —refunfuñó el llamado Volsov—… Está bien, de todos modos ya no importa que usted lo sepa, puesto que la hemos capturado. Y precisamente de eso se trataba.

—¿De qué se trataba?

—Pues de cazar a la agente Baby. No me diga que no es usted capaz de comprender la jugada, ahora que ya sabe que el hombre que tienen ustedes en el consulado no es David Tchekov, sino nuestro camarada Pavel Chevikief.

Elena Martínez frunció el ceño y desvió la mirada hacia fuera

del coche. Continuaban circulando por la amplia avenida, bien iluminada.

—¿Quiere decir que ustedes ya capturaron al verdadero David Tchekov, y que continuaron la jugada poniendo en su ruta a su camarada Pavel Chevikief… con el exclusivo propósito de que este me cazara?

—O la matara. Pero esta última solución era extrema. Ante todo, Pavel tenía que ir ganándose su confianza mostrándose como un hombre asustado y necesitado de mucha protección, y hasta de afecto, hasta conseguir llegar a una situación que le permitiera cazarla o engañarla de modo que nosotros la cazásemos y le rescatásemos a él. Si esto no era posible, y aun teniendo noventa y nueve probabilidades entre cien en contra, de salir con vida, Pavel estaba dispuesto a terminar de una vez por todas con la agente Baby.

—Es decir, que si él hubiese podido conseguir sus propósitos de orientar las cosas para cazarme viva, me habría matado si en el último momento hubiese comprendido que nos íbamos a separar.

—Esta era la jugada. Como comprenderá, los de la MVD estamos más que hartos de usted. Y cuando en Orly cayó uno de sus… Simones, tuvimos la certeza de que la agente Baby sería avisada y que aparecería… donde a nosotros nos conviniera que apareciese. Y después de que cazamos a David Tchekov y lo pusimos a buen recaudo a él y a los planos que había robado, decidimos continuar la jugada y terminarla aquí, en Barcelona.

—¿Por qué en Barcelona?

—Porque en Francia, y concretamente en París, nosotros estamos ya muy vistos; en cambio aquí, en España, tenemos muchísimas más facilidades para movernos con la soltura que precisamos.

—Entiendo. Un plan muy inteligente, camarada Volsov.

—A mí puede llamarme Chotchovili —rio el otro—… Celebro que sea usted capaz de admitir que los demás también podemos jugar bien en el espionaje, Baby.

—Siempre he admitido que los demás son como mínimo tan inteligentes como yo —murmuró Baby—. Lo único que ha estado ocurriendo hasta ahora es que yo he tenido más suerte que los demás.

—Pues su suerte se ha terminado —gruñó Volsov.

Elena Martínez Valdés asintió con un gesto, y permaneció sumida en sombrío silencio. La amplia avenida había terminado. Ahora la calle Aragón era bastante más estrecha, una de las muchas calles llamada zona del ensanche barcelonés. Todavía circularan por esta calle un par de minutos. Giraron a la izquierda, bajaron por otra avenida un poco más amplia, y Elena identificó inmediatamente la plaza de España, que a su llegada a Barcelona aquella mañana había cruzado por un paso subterráneo.

Ahora no.

Ahora la rodearon, enfilaron la salida de la ciudad por lo que todavía era Gran Vía, y unos minutos más tarde circulaban a moderada velocidad por la autopista.

—¿Vamos al aeropuerto? —susurró Baby.

—Todavía no. Desde luego, muy pronto se iniciarán los preparativos para ir al aeropuerto y allí tomar un helicóptero que nos llevará a un lugar más conveniente para que sea usted trasladada a Rusia. Pero eso no podemos ni queremos hacerlo todavía. Antes, y puesto que Salmerón ya ha muerto y no puede llevarle ningún recado nuestro a Pavel, tenemos que arreglárnoslas nosotros mismos para avisar a este de que ya la tenemos a usted, y que a la menor oportunidad escape del consulado y se reúna con nosotros. Entonces, todos los rusos que hemos intervenido en esta operación nos marcharemos de aquí. Habremos conseguido más de un objetivo. Es decir, no solo capturar a David Tchekov y recuperar los planos, sino capturar a la agente Baby.

—Todo muy interesante y bien pensado —asintió esta—. Pero me parece que no les va a resultar a ustedes fácil llegar hasta Tchekov… Quiero decir hasta Pavel Chevikief.

—Bueno, algún medio habrá. Y si no es así, estoy seguro de que nuestro jefe de grupo encontrará una solución.

—Por ejemplo —intervino el otro ruso— a mí mismo se me está ocurriendo una… Podríamos simular que descuidamos el cerco en torno al consulado, y cuando sus Simones de la CIA se decidan a salir de esa ratonera llevando con ellos a Pavel, este tendrá muchas, yo diría que muchísimas, probabilidades de escapar de los agentes de la CIA. Todo lo que tiene que hacer es deshacerse de aquellos en un momento adecuado y perderse por alguna de esas pequeñas

calles que hay cerca del consulado.

—¿Cree que eso no puede conseguirse? —preguntó el otro ruso.

—No lo sé… Es decir, honradamente creo que quizá sí lo consiga. Ahora bien, mis Simones no tomarán ninguna decisión hasta que yo me ponga en contacto con ellos.

—Usted ya no podrá ponerse en contacto con nadie. Y por supuesto, sus Simones no esperarán eternamente. Más bien lo que ocurrirá será que cuando su ausencia se vaya prolongando mucho tiempo y vean que nosotros hemos desaparecido de escena, se convenzan de que usted ha sido capturada o muerta, y que nosotros hemos considerado que era conveniente, después de matarla a usted, esfumarnos, a fin de evitar un encuentro que resultaría brutalmente sangriento.

—Es decir —dijo el otro ruso—, que sus Simones creerán que nosotros nos hemos dado por satisfechos dejando a David Tchekov y sus planos con ellos a cambio de haberla matado o capturado a usted.

—En definitiva, puesto que estamos seguros de que Pavel conseguirá escapar, sus compañeros de usted no tendrán ni a David Tchekov, ni los planos…, ni nunca más a la agente Baby.

Brigitte Baby Montfort no tuvo nada que añadir.

El coche continuaba circulando por la autopista que llevaba al aeropuerto. Pero muy pronto la bifurcación que partía de aquella, quedó atrás, y continuaron adelante.

El tráfico no era muy denso a esas horas pero sí considerable teniendo en cuenta que eran más de las doce de la noche.

A ambos lados de la autopista Elena Martínez veía las masas de apretados pinos que iluminaban los vehículos que circulaban en ambas direcciones.

Poco después, el silencioso conductor del coche sacaba este de la autopista y describía un semicírculo delante de una cafetería cuyo nombre relucía en la oscuridad: La Pava.

Desde allí, por uno de los accesos a la autopista, entraron de nuevo en esta, pero no para circular por ella, sino para cruzarla completamente y pasar al otro lado, donde había calles de una urbanización florida y con muchas casas bajas. Continuando en línea recta después de cruzar la autopista llegó un momento en que, cuando el conductor apagó las luces del coche tras detenerlo, Elena

Martínez llegó a distinguir el brillo de la luz de la luna sobre el mar.

El silencio fue súbito entonces.

Aquí y allá se veía alguna luz de los chalés de la zona residencial en la playa de Castelldefels. Los rusos que iban sentados a ambos lados de Brigitte, miraron a esta, el de su derecha salió, y el de la izquierda apretó un poco el costado de la espía con su pistola.

—Salga —dijo—. Vamos a entrar en esa casa.

Elena Martínez se apeó del coche quedando frente al ruso que primero se había apeado, y que la apuntaba con su pistola. El otro ruso salió por el mismo lado que ella, siempre apuntándola también. El conductor del coche, rodeó este, se adelantó a sus dos compañeros, y empujó la puerta en la pequeña valla pintada de blanco que cercaba un pequeño jardín ante el chalé. Abrió la puertecilla, cruzaron los cuatro el jardín, el ruso conductor del coche abrió la puerta del chalé, entraron los cuatro… y segundos después la agente Baby se sentaba en un sillón que le indicó el llamado Volsov. Estaban ahora en un pequeño saloncito cuyas ventanas se hallaban cerradas. Nadie podía verlos, ni ellos podían ver a nadie del exterior.

—Busca unas cuerdas, Nijarazde —dijo Volsov.

El ruso que había conducido el coche asintió y desapareció del saloncito. Regresó cuatro o cinco minutos más tarde, y siempre en silencio y bien cubierta Elena Martínez por las armas de Volsov y Chotchovili, Nijarazde procedió a atar de pies y manos a la espía internacional dejándola luego aceptablemente acomodada en el sillón.

Acto seguido, Volsov sacó la radio de bolsillo y apretó el botón de llamada. Inmediatamente, le contestó una voz de hombre:

—Adelante.

—Eugen, soy Igor: tenemos a Baby.

—¿La tenéis? —Se oyó la fuerte exclamación de Eugen Katchurian en el pequeño aparato—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Bueno, tal como ya sabes, ella salió con Salmerón. Los estuvimos vigilando toda la tarde y parte de la noche. Y finalmente, después de cenar, y tal como temíamos ella se las arregló para ir con Salmerón al apartamento de este… No tenemos la menor duda de que acostándose con él le habría sonsacado todo lo que hubiera querido.

—Por supuesto que sí —asintió Katchurian—. ¿Qué ha pasado con Salmerón?

—Hemos tenido que matarlo, naturalmente.

—Vaya… En el fondo es una lástima, pero supongo que tal como estaban las cosas no había más remedio que hacerlo.

—Eso pensamos Chotchovili y yo, desde luego.

—De acuerdo. ¿Qué sabemos concretamente de Pavel?

—Los americanos todavía no se han dado cuenta de que tienen con ellos a un hombre que no es David Tchekov. Para ellos, incluso para Baby antes de que nosotros, cayendo en una inocente trampa de ella, la pusiéramos al corriente de la verdad, el hombre que está en el consulado americano es David Tchekov, no el agente de la MVD Pavel Chevikief.

—Bueno, si la única de la CIA que sabe esto es Baby y la tenéis vosotros, parece que todavía podemos conseguir que Pavel salga con bien del lío en que se metió voluntariamente para colaborar en nuestro plan.

—Supongo que se te ocurrirá algo, desde luego. En cuanto a mí, he pensado que podríamos simular que hacemos una retirada más o menos estratégica. Y aunque al principio los americanos se sorprendan o se desconcierten, yo creo que acabarían por aprovechar la ocasión, y sacarían a Pavel del consulado. Naturalmente en cuanto Pavel viese la menor oportunidad, escaparía.

—¿Sin esperar a hablar con Baby?

—Debemos suponerle a nuestro camarada Pavel la suficiente inteligencia como para comprender que si los americanos lo sacan del consulado sin estar Baby presente es porque algo le ha ocurrido a ella… Y naturalmente, Pavel comprenderá qué es lo que le ha ocurrido a Baby: es decir, que la trampa que hemos preparado entre todos ha funcionado a la perfección.

—Sí…, en efecto, Pavel es lo bastante inteligente para comprender eso. Está bien, vamos a organizar las cosas de ese modo.

—¿Qué hacemos nosotros? Chotchovili y yo estamos con Nijarazde en la casa de la playa de Castelldefels.

—No, no… Os necesito, por lo menos a dos de vosotros, por si las cosas se pusieran mal. Veniros Chotchovili y tú dejad a

Nijarazde con Baby, pero mucho cuidado con ella, Igor. No olvidéis ni un instante con quién estáis tratando.

—No te preocupes. Está bien atada, y Nijarazde se quedará con ella y no la perderá de vista ni un instante. Hasta luego, Eugen.

—Hasta luego. Os estamos esperando.

Volsov cortó la comunicación, se guardó la radio, hizo una seña a sus dos camaradas, y los tres se alejaron hacia un rincón del saloncito. Allí estuvieron cuchicheando durante un par de minutos. Por supuesto, hablaban en ruso, idioma que había utilizado Volsov para hablar con Eugen Katchurian por radio. Pero si bien Elena Martínez, es decir Baby, había entendido perfectamente esta conversación, no pudo lograrlo con la que sostuvieron los tres agentes de la MVD, pues hasta ella apenas llegaban leves murmullos.

Finalmente, los tres rusos asintieron, y sin más comentarios ni conversación Volsov y Chotchovili abandonaron el saloncito. Nijarazde fue a sentarse en un sillón, y se quedó mirando a Baby, que segundos después oía la puerta del chalé al cerrarse. Y otros pocos segundos más tarde el zumbido del motor del coche al ser puesto en marcha…

Y luego cómo se iba perdiendo rápidamente, hasta que todo quedó de nuevo en silencio.

Elena Martínez miró sonriente al soviético, y preguntó:

—¿Hay alguna posibilidad de que nosotros dos lleguemos a un acuerdo, colega Nijarazde?

—Depende de lo que ofrezca —sonrió también el ruso.

—Me parece que no va a ser posible —movió Elena la cabeza—… Se está burlando de mí, ¿no es cierto?

—No, no. Es usted quien quiere hacer una oferta. Todo lo que tengo que hacer yo es escucharla, y aceptarla o rechazarla. ¿Qué puede ofrecerme que me interese más que participar en la gloria de haber contribuido a llevar atada de pies y manos a la agente Baby al directorio de la MVD en Moscú?

—Pues no sé… ¿Se le ocurre a usted algo?

—En primer lugar, dinero…, mucho dinero… Pongamos quince o veinte millones de dólares. ¿Me los pagaría la CIA por usted?

—Puedo pagárselos yo misma de mi bolsillo en cuanto usted quiera.

—¿De veras? —exclamó el soviético abriendo mucho los ojos—. Al parecer todos estos años de espionaje no han sido precisamente un desperdicio para su economía privada.

—Me las he ido arreglando para quedarme con algunas pequeñas cantidades —sonrió la divina espía—. ¿Le parece bien una cifra redonda de veinticinco millones de dólares?

—Cincuenta —dijo Nijarazde—. Cincuenta millones de dólares… y digamos alguna pequeña compensación más, de índole más privada.

—De acuerdo, cincuenta millones de dólares. ¿Cuál esa otra compensaron más privada?

—Bueno… Digamos que podríamos pasar juntos una semana de auténtica orgía sexual los dos solos en un lugar de lo más agradable que pudiéramos encontrar.

—Con cincuenta millones de dólares no necesita usted recurrir a mí para una orgía sexual, puede rodearse de las más bellas muchachas del mundo… Y le costarían muy poco dinero.

—Supongo que sí. Pero yo no quiero gozar sexualmente con unas muchachas cualquiera, que puedo conseguir en cualquier momento y en cualquier lugar. Yo quiero tener una auténtica orgía sexual con la agente Baby. ¿Acepta?

—Supongo que peor lo pasaría en Moscú —murmuró Elena Martínez—. Así que acepto, desde luego.

Nijarazde se quedó mirándola fijamente. Al cabo de unos segundos se puso en pie, se acercó a ella, se inclinó, y comenzó a besarla en los labios, en el cuello, y en el escote. Introdujo una mano por este y comenzó a manosear rudamente los senos de Elena Martínez, que tuvo que hacer un esfuerzo para conseguir mostrar una expresión, no ya amable, sino simplemente impávida.

—Estás verdaderamente apoteósica —comenzó a jadear Nijarazde—… Y me parece que no voy a esperar a que nos escapemos juntos para gozar de tu belleza.

Agarró con una mano la ropa de la parte media del cuerpo de Elena, y dio un fortísimo tirón. Tan fuerte y preciso que rasgó la tela justo por el lugar que había pretendido, y arrancó violentamente los pantaloncitos, dejando al descubierto las ingles de la espía internacional.

—No es necesario que lo hagas así —murmuró Elena—.

Podemos obtener los dos mayor satisfacción tan solo con que me desates los pies…

—De ese modo ya lo he hecho muchas veces —farfulló el soviético—. Lo interesante va a ser conseguirlo tal como estás.

Saltó sobre ella, pero con tal ímpetu que el sillón donde estaba sentada Elena Martínez cedió hacia atrás, y los dos rodaran por el suelo. Nijarazde se revolvió inmediatamente hacia donde había quedado Elena Martínez y volvió a saltar sobre ella, colocándose en busca de la posición adecuada para conseguir sus propósitos, por difícil que resultase en aquellas condiciones.

Y en ello estaba, jadeando y rugiendo por los esfuerzos que debían conducirle hasta el triunfo, cuando en la puerta del saloncito sonó claramente una voz de hombre:

—Apártate de ahí.

La orden fue dada en español, y evidentemente Nijarazde la comprendió, porque no solo volvió la cabeza al oírla, sino que al ver en ella al hombre que lo apuntaba con una pistola con silenciador, obedeció, dejándose caer al suelo junto a Brigitte, y luego poniéndose de pie junto a esta.

En el umbral del saloncito, Jason Pritchard movió la pistola señalando un rincón.

—Camina hacia allí.

Nijarazde se pasó la lengua por los labios, miró a Elena Martínez, que contemplaba asombrada y por supuesto con alegría a su compañero de la CIA, y volvió a mirar a este.

Por fin, en silencio, Nijarazde comenzó a caminar hacia el rincón indicado por Pritchard. Este se acercó a él tan sigilosamente que el ruso no lo oyó. Nijarazde permanecía de espaldas al americano, y con las manos alzadas hasta la altura de los hombros.

No pudo hacer nada.

Jason Pritchard alzó la pistola, y la descargó fuertemente contra la parte posterior de la cabeza del soviético, tirándolo brutalmente contra el ángulo formado por las dos paredes. Allí el agente de la MVD rebotó de cara y cayó hacia atrás, arrugándose y rodando por el suelo hasta quedar tendido boca abajo.

—¡El muy cerdo! —Jadeó Pritchard—… Tendría que matarlo como lo que es, un cerdo.

—No, Jason, por favor —pidió Elena Martínez—. Venga a

desatarme. Ya encontraremos para nuestro colega Nijarazde algo mucho más útil que la muerte.

Pritchard comenzó a caminar hacia Baby, pero volvió a mirar al ruso, frunció el ceño, y regresó junto a él. Se acuclilló a su lado, y le puso dos dedos en una carótida. Estuvo así inmóvil unos segundos. Luego volvió la cabeza hacia Elena Martínez.

—Me parece que no podremos hacer nada absolutamente con este hombre. Está muerto.

—No debió golpearle tan fuerte —musitó Elena—… Está bien, quítele la radio y la pistola, y desáteme, por favor.

Jason Pritchard se apoderó de la radio de bolsillo y la pistola de Nijarazde, y fue hacia Elena Martínez, a la que desató y ayudó a ponerse en pie.

—¿Se encuentra bien? —se interesó anhelante.

—Sí, sí… No tiene importancia lo mío. Lo que siento es lo que ha ocurrido con Andrés Salmerón.

—¿Qué ha ocurrido con él?

—¿Usted no lo sabe?

—¡Claro que no! —Exclamó Pritchard—. Estuve siguiéndolos a ustedes discretamente, y desde luego me di cuenta de que también lo estaban haciendo los rusos. Supongo que conseguí que ellos no se dieran cuenta de que yo los estaba siguiendo a todos. Cuando ustedes subieron al apartamento de Salmerón yo me quedé algo alejado. Pensé que, simplemente, los rusos, después de convencerse de que usted y Salmerón al parecer se disponían a pasar juntos la noche, se marcharían, confiando en la habilidad de él para conseguir cualquier propósito que tuvieran con respecto a este asunto. Pero, para mi sorpresa, dos de ellos salieron del coche y entraron en el edificio. Ya era demasiado tarde para hacer yo lo mismo, porque habían dejado uno en el coche, y no solo me habría encontrado entre dos fuegos, sino que quizás habría complicado tanto las cosas que lo único que habría conseguido habría sido perjudicarla definitivamente a usted.

—Su actitud fue muy prudente —asintió Baby.

—Bien, ¿qué pasó con los rusos y Salmerón y usted?

—Ellos mataron a Salmerón. Efectivamente, estaba trabajando para ellos, bien claro ha quedado esto establecido. Y creyendo que yo había conseguido engañar a Salmerón, y que este me había dicho

más cosas de las convenientes para ellos, optaron por eliminarlo y traerme a mi aquí.

—Pues menos mal que se me ocurrió a mí vigilarlos a usted y a Salmerón, y de este modo pude estar interviniendo en todo y, finalmente, seguirlos cuando vinieron a Castelldefels.

—Sí, efectivamente. Ha sido usted muy oportuno, Jason... Supongo que vio marcharse a los otros dos rusos.

—Así es. Pero de todos modos, si hubiesen tardado un poco más en salir yo estaba ya dispuesto a interesarme por lo que ocurría en la casa. Si podía esperar a nuestros compañeros que están en Barcelona lo habría hecho. Y si no, tenga por seguro que yo solo habría asaltado esta casa a fin de hacer todo lo posible por usted, ocurriese lo que ocurriese.

—Estoy segura de ello, Simón. ¿Avisó usted por radio a nuestros compañeros de lo que estaba ocurriendo?

—Naturalmente. Supongo que en estos momentos el apartamento de Salmerón está vigilado... No creo que hayan subido a pedirle cuentas a él. En estos momentos deben de estar esperando mis informes, para tomar decisiones. Pero como yo he esperado, y por fortuna la han dejado solamente con uno, que ya hemos eliminado, no será necesario que nuestros compañeros se desplacen desde Barcelona a Castelldefels.

—Hágame un favor, Jason —frunció el ceño Elena Martínez—... ¿Qué es eso de Castelldefels?

—Bueno —casi rio Jason Pritchard—, es una pequeña localidad playera próxima a Barcelona, como ya habrá podido comprobar, que está llena de chalés y fincas de recreo. Es un lugar muy popular, al que durante el buen tiempo acuden los barceloneses por centenares de millares. Una playa enorme... Digamos que Castelldefels es a la ciudad de Barcelona lo que las playas de Coney Island son a la ciudad de Nueva York.

—Entiendo —asintió Elena—. Bien, creo que lo mejor es que nos marchemos de aquí cuanto antes... ¡Oh, mi maletín!

Se dirigió a donde los rusos habían dejado su maletín, lo recogió y tras dirigir una mirada al cadáver de Nijarazde, salió del saloncito, seguida por Jason Pritchard. Poco después salían de la casa y se alejaban de esta a toda prisa hacia donde el agente de la CIA señaló. Allí, a la sombra de unos pinos, entre muchos otros

coches estacionados parcialmente sobre la acera, estaba el que utilizaba Pritchard, y segundos después los dos emprendían el camino hacia la autopista que les llevaría a Barcelona.

—¿Tiene usted su radio a mano, Jason? —pidió Elena.

—Sí, por supuesto. —Pritchard la sacó y se la entregó—… ¿Qué pasa con la de usted? ¿O ha venido a España sin radio de bolsillo?

—Claro que tengo radio de bolsillo —palmeó Elena Martínez el maletín que descansaba sobre sus muslos—, pero todo ha sido tan precipitado que ni siquiera he colocado en ella todavía la onda de España. Francamente, no sé qué ocurre conmigo que en cuanto llego a un lugar los hechos se desencadenan siempre a una velocidad vertiginosa.

—Bueno, lo importante es que siempre se salga usted con la suya —encogió los hombros Pritchard—. Por cierto: ¿qué hacemos con la radio y la pistola del ruso que he matado en el chalé?

—De momento vamos a conservarla. Quizá la radio pueda sernos de utilidad en un momento determinado. A veces es conveniente estar en contacto incluso con los enemigos.

—No sé para qué —refunfuñó Pritchard—, pero supongo que usted habrá tenido varias experiencias al respecto para hablar así.

—No le quepa la menor duda.

—Bien… ¿Qué es lo que piensa hacer con mi radio?

—Oh, sí. Pues naturalmente, voy a llamar a nuestros compañeros.

Elena Martínez apretó el botón de llamada de la radio de Jason Pritchard, y en el acto del aparato brotó una voz de hombre, en español.

—Simón, soy yo. ¿Me comprende?

—Por supuesto —se oyó ahora la voz en un tono casi riente—. Y el hecho de que llame usted por radio significa que todo ha terminado bien. ¿Jason está con usted?

—Así es. Gracias a él estoy en condiciones de comunicarme con ustedes. Por cierto, quiero estar segura de que me están oyendo los dos Simones que están vigilando el apartamento de Andrés Salmerón. ¿Me están oyendo?

—La estamos oyendo, Baby —intervino otra voz de hombre en la conversación.

—Muy bien. Andrés Salmerón está muerto, o como mínimo, muy

mal herido. Quiero que suban a su apartamento. Si está muerto no toquen nada y reúnanse conmigo en el consulado. Si todavía está con vida, arréglenselas como sea para llevarlo a un lugar donde pueda ser atendido debidamente. Ese hombre estaba vendido al espionaje ruso, y si conseguimos que se recupere conseguiremos una información que supongo será aceptablemente útil.

—*Okay*, entendido. ¿Algo más?

—Respecto a ustedes, nada más. Procedan. En cuanto a los demás, escuchen atentamente, pues voy a explicarles lo que he conseguido saber merced a este desagradable contacto con nuestros colegas de la MVD. Resulta que el hombre que tenemos en el consulado no es David Tchekof, sino un agente de la MVD llamado Pavel Chevikief y que pretende…

El coche había llegado ya a la autopista y aumentó la velocidad en dirección a Barcelona.

Mientras tanto, Elena Martínez continuaba explicando a los agentes de la CIA, puestos en contacto con ella por medio de la radio de bolsillo, la verdad sobre el hombre que decía llamarse David Tchekov. Una explicación que no se prolongó demasiado, ya que Baby, con su habitual concisión, siempre expresiva y metódica, invirtió pocos minutos en relatar todo lo ocurrido.

Por fin, ya al corriente los hombres de la CIA de la verdad sobre el agente soviético que se hacía pasar por el científico espacial David Tchekov, Elena Martínez cerró la radio, y la deslizó en su escote.

Entonces bajó la mirada, contempló la ropa desgarrada, y la tersura de la piel de su vientre. Chascó la lengua con un sonido de claro disgusto y desvió la mirada hacia Jason Pritchard.

—Llevo siempre en el maletín un vestido de repuesto de punto, que ocupa muy poco espacio, pero que me ha resuelto no pocos problemas de esta clase. Pare usted en cuanto vea algún restaurante o establecimiento donde pueda ir a los servicios a cambiarme, Simón.

—Puede cambiarse en el coche —se sorprendió el agente de la CIA—. Le aseguro que yo no voy a convertirme en un cerdo obseso sexual, como nuestro colega soviético.

—No es eso —casi rio Elena—. Es que además de cambiarme de vestido necesito hacer algo más que a usted no le gustaría que

hiciese dentro de su coche.

Jason Pritchard quedó un instante perplejo. Luego alzó las cejas, y de pronto se echó a reír, secundado inmediatamente por la simpática Elena Martínez, que lo miraba maliciosamente. Muy poco después, el agente de la CIA detenía el coche en una pequeña explanada dedicada a estacionamiento de un restaurante situado a la derecha de la autopista, y que tenía el nombre de La Paella.

—Un momento —exclamó Pritchard cuando Elena se disponía a salir del coche—. Si va usted con ese vestido desgarrado por ahí, la van a ver y llamará la atención.

—No se preocupe por eso. Colocaré mi maletín delante y nadie se dará cuenta. Ya le digo que he pasado por situaciones parecidas a esta.

—Está bien. Si necesita mi ayuda para algo…

—No, no. Usted espéreme aquí…, y por supuesto vigile atentamente. No me gustaría nada que al regresar al coche lo encontrase a usted degollado y unos cuantos rusos esperándome pistola en mano.

—Demonios —farfulló Pritchard—. ¡Pinta usted unos cuadros escalofriantes, Baby!

—No sería la primera vez que me encuentro un cuadro como el que acabo de describirle. No se descuide, Simón.

Se apeó del coche y se dirigió caminando graciosamente hacia la entrada del restaurante llevando ante ella, en efecto, el maletín de modo que ocultaba los estropicios en su ropa. Jason Pritchard miró alrededor, se acomodó en el asiento, y encendió un cigarrillo.

Apenas seis o siete minutos más tarde, cuando lo estaba apagando en el cenicero del coche, Pritchard vio salir del restaurante a una mujer cuya esbelta y hermosa silueta le llamó la atención… Pero no. No podía ser Baby, porque la muchacha que caminaba ahora hacia el coche no era rubia, de cabellos de longitud mediana, sino una morena cuya larga cabellera llegaba más abajo de sus hombros.

Sin embargo, la preciosa morena de airoso caminar y que llevaba un vestido de punto ceñido a su armonioso cuerpo, se metió sin vacilaciones en el coche, quedando sentada junto al espía americano. Este, boquiabierto, pudo reaccionar por fin, y agitó la cabeza soltando al mismo tiempo un bufido.

—¡Demonios! ¿Cuál es usted, la rubia o la morena?

—Ni la una ni la otra —rio el nuevo personaje—. Ahora llevo una peluca de cabellos negros y unas lentillas de contacto de color oscuro. Eso es todo, Simón. Sigamos nuestro camino.

—*Okay* —aceptó en el acto Pritchard, poniendo en marcha el coche.

Lo sacó a la carretera, enfilando de nuevo la autopista y, tras unos segundos de silencio, continuó:

—Bueno, los rusos que están vigilando el consulado no se sorprenden demasiado si me ven a mí entrando en el edificio. Pero si la ven a usted, por muy diferente que se presente ahora, me parece que llegarán a muy sabrosas conclusiones respecto a lo que ha podido ocurrir en el chalé de Castelldefels.

—Cierto —admitió Baby—. Pero ya tengo previsto esto. Y para evitar que desde cualquier punto de Vía Layetana nos disparen a los dos en cuanto nos vean aparecer en la puerta del consulado, haremos las cosas como esta mañana. Usted me dejará algo más cerca que entonces, e irá solo al consulado. Entrará, esperará cinco o seis minutos, y entonces abrirá la puerta. Yo, que estaré pasando casualmente por allí, me colaré de rondón en al edificio… Y cuando los rusos quieran reaccionar, ya será demasiado tarde. Inmediatamente comprenderán que la jugada les ha fallado, que su camarada Pavel Chevikief es hombre muerto o, cuando menos, condenado irremisiblemente a viajar a Estados Unidos para ser sometido a intenso interrogatorio… Y es de esperar que sean lo bastante inteligentes como para abandonar el campo y conformarse con haber recuperado a David Tchekov y sus planos. Eso, a menos que estén de todos modos dispuestos a organizar un tiroteo en plena Vía Layetana, que por cierto me ha parecido una avenida bastante importante de Barcelona.

—Lo es —susurró Pritchard—… Y esperemos, en efecto, que los rusos se resignen con haber conseguido una victoria parcial y una pequeña derrota como contrapartida.

Pocos minutos más tarde, Elena Martínez, ahora morena y de ojos oscuros, veía una vez más la plaza de España, que volvía a cruzar por el paso subterráneo. Desde allí, y considerando que era casi la una de la madrugada y que a aquellas horas el tráfico era ya reducidísimo, sabía que no tardarían más de quince minutos en

llegar al lugar donde ella y Pritchard deberían prepararse para ir por separado al consulado general de los Estados Unidos en Barcelona.

Antes de que llegasen a este punto donde debían separarse, la radio de bolsillo de Jason Pritchard, que Elena había conservado, emitió un zumbido de llamada.

—¿Sí? —la admitió esta inmediatamente.

—Baby, es respecto a Andrés Salmerón.

—Bien. ¿Cómo está?

—Bueno, cuando lo encontramos en su apartamento todavía estaba con vida, así que lo sacamos, lo metimos en el coche, y nos dirigimos hacia una clínica donde tenemos bien organizada la asistencia de los nuestros… Lamentablemente, Andrés Salmerón ha muerto por el camino.

—Pues mala suerte para él y para los rusos —dijo fríamente la agente Baby—. Ocúpense de ocultar su cadáver hasta que pueda dársele un curso legal… y en cuanto puedan reúnanse con nosotros en el consulado.

—*Okay*. ¿Algo más?

—Nada más.

# Capítulo V

La esbelta figura de la mujer apareció de pronto en Vía Layetana, procedente de la plaza de Antonio Maura, como si hubiese caminado por delante de la Catedral.

Caminaba lentamente, con una actitud que casi podía hacer suponer que se trataba de una ramera despistada en busca de clientes por una zona que, ciertamente, no era muy propicia para ello. Y de este modo, como si nada le importase realmente, la mujer llegó justo delante de la gran puerta de hierro del edificio 33 de Vía Layetana. Inmediatamente, apenas ella apareció allí, la puerta más pequeña de hierro ubicada en la grande se abrió, y en el acto la mujer giró a la derecha y desapareció en el interior del edificio.

El hombre que había abierto la puerta la cerró, y en la oscuridad del gran portal, miró atentamente a la recién llegada.

—¿Alguna dificultad? —preguntó.

—Desde luego que no, Jason. ¿Ha avisado a los compañeros de arriba de que estamos aquí?

—Por supuesto. Nos están esperando. Cuando lleguemos al piso en donde está instalado el consulado nos abrirán la puerta.

Subieron en silencio, y en efecto, cuando llegaron ante la puerta del consulado, esta se abrió, y los dos entraron. Dos hombres los esperaban allí mismo, y al ver a la morena de los ojos oscuros sonrieron aunque un tanto ceñudamente.

—Sea bien regresada —dijo uno de ellos—. No comprendo todavía como nos hemos contenido y no hemos hecho pedazos a ese cerdo ruso.

—Tranquilos —murmuró Elena Martínez—. ¿Qué está haciendo él ahora?

—Pues dada la hora que es suponemos que debe de estar durmiendo tranquilamente, aunque, conociendo ahora su verdadera condición de agente de la MVD, dudamos mucho que pueda estar

tranquilo en una situación como esta, por muy de acero que sean sus nervios.

—De lo que no cabe la menor duda —advirtió Elena— es de que el tal Pavel Chevikief es un hombre de nervios de acero, como usted bien ha dicho. Tiene que ser un agente bien entrenado y dispuesto a todo. Por lo tanto mucho cuidado con él. Supongo que desde el primer momento, y aunque entonces creyesen que era David Tchekov, se han asegurado ustedes bien de que no tiene ninguna clase de armas encima ni en cualquier paquete o equipaje que haya podido traer.

—No se preocupe por eso —gruñó el otro Simón—. Está completamente desarmado. No puede tener encima ni siquiera un palillo.

—Bueno —sonrió la divina espía—, no creo que con un palillo pudiese causar mucho daño.

—Con tipos como ese nunca se sabe. ¿Qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer? —Alzó las cejas Elena—. Ir a charlar un rato con nuestro admirable y valeroso colega Pavel Chevikief.

Se adentraron los cuatro por un pasillo. Pese a lo tardío de la hora, ya más tarde de la una de la madrugada, había varios hombres en el consulado norteamericano en Barcelona. Hombres que, a decir verdad, no tenían precisamente el aspecto exacto que podía esperarse de un empleado burocrático… Ni siquiera diplomático.

Todos ellos fueron mirando a Baby a medida que caminaba hacia el cuarto donde esperaba el falso David Tchekov, pero nadie dijo una sola palabra. Simplemente la CIA se había congregado allí para recibir las últimas instrucciones de la reina del espionaje internacional.

Los dos Simones, Elena Martínez y Jason Pritchard, llegaron ante la puerta del cuarto que ocupaba el falso David Tchekov. Uno de los Simones la abrió, y encendió la luz. Entraron todos, Jason Pritchard en último lugar, y fue este quien cerró la puerta.

En el sofá-cama, David Tchekov se había sentado bruscamente, y tras parpadear bajo los efectos de la recién encendida luz, y mirar entre desconcertado y sobresaltado a los inesperados visitantes, dejó fija su mirada en la hermosísima morena de ojos oscuros.

—¿Qué ocurre? —exclamó por fin.

—Conferencia a media noche, querido David —sonrió Elena—. Siento haberte molestado en tus dulces sueños.

Un gesto de asombro apareció en el rostro de David Tchekov. Su mirada pareció adquirir una expresión más penetrante, fija en la morena.

—Pero… ¿eres tú? ¿Eres la misma que…?

—Claro que soy yo. Solo que esta vez llevo una peluca y unas lentillas de contacto de color diferente a las que utilicé en nuestra anterior entrevista.

—Ah, bien —Tchekov sonrió simpáticamente—… Desde luego, tienes una habilidad magistral para cambiar de aspecto. Aunque quizá te delate el cuerpo. Es tan hermoso que uno tiene que pensar forzosamente que no pueda haber dos iguales.

Jason Pritchard y otro de los Simones soltaron un refunfuño, mirando hoscamente al soviético. El otro Simón, simplemente fruncido el ceño, cruzó los brazos de modo que su mano derecha quedó así más cerca de su axila izquierda, donde llevaba la pistola.

—Eres muy amable, camarada —sonrió de nuevo, pero con una gelidez escalofriante Elena Martínez—… Espero que estés lo bastante despierto para sostener una interesante conversación.

—Claro que sí —aseguró Tchekov—. ¿Acaso has conseguido organizar las cosas de modo que podamos partir hacia Estados Unidos?

Elena se acercó a una de las butacas, se sentó en ella, y miró de nuevo a Tchekov, que se había puesto en pie.

—Siéntate —esperó que él lo hiciese y continuó—. Vamos a resolver esta situación, desde luego. Pero no sé si lo haremos a tu gusto, colega Pavel Chevikief.

David Tchekov quedó un instante rígido. Luego, musitó:

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Te he llamado Pavel Chevikief. Es decir, que estoy utilizando tu verdadero nombre. Y hablo lo bastante bien el ruso para que lo haya pronunciado con toda la corrección necesaria para que lo entendieras. De todos modos, proseguiremos la conversación en inglés.

—Pero… No comprendo… ¿De qué estás hablando? ¿Quién es Pavel Chevikief?

Uno de los Simones se adelantó, enfurruñado el gesto.

—Déjeme que le parta la cara como primera providencia, Baby —masculló—. Ya verá como se lo dejo bien tierno para que…

—Calma, calma, Simón —pidió suavemente Elena Martínez—. Déjeme que, en primera instancia, como usted dice, enfoque la conversación de acuerdo a mis procedimientos. Considero absurda la rudeza pudiendo utilizar la amabilidad. ¿No estás de acuerdo conmigo, Pavel Chevikief?

—Yo no me llamo Pavel Chevikief —casi gritó David Tchekov—. ¡Sabes perfectamente que mi nombre es David Tchekov, y que…!

—Según parece, querido colega, tienes preferencia por los métodos de mi Simón. ¿Realmente quieres que te deje en manos de ellos tres unos minutos? Yo no tengo ningún inconveniente.

—¡No entiendo lo que estás diciendo! —gritó Tchekov, poniéndose de nuevo en pie.

Su gesto fue correspondido por Pritchard y los otros dos Simones inmediatamente. Las pistolas aparecieron en las manos de los tres agentes de la CIA y quedaron apuntando firmemente al excitado agente soviético.

—Si no te lo tomas con calma, todo será peor. A fin de cuentas, colega Chevikief, tú no eres de ninguna utilidad. Ahora que ya conozco los verdaderos planes que habéis tramado con respecto a mi captura, pienso que no representas ninguna utilidad para nosotros. Podrías ser útil, quizá, si Eugen Katchurian pudiera conseguir que la MVD aceptase canjearte por el verdadero David Tchekov. Pero conozco demasiado bien el espionaje como para hacerme ilusiones al respecto. ¿Y tú?

—¿Canjearme por…? ¡Pero si David Tchekov soy yo!

—¡Ya basta de tonterías! —Gruñó uno de los Simones.

Se adelantó hacia David Tchekov y, sin más preámbulo, le disparó un tremendo puñetazo al estómago. Tchekov lanzó un bufido y cayó sentado en el sofá-cama. Es decir, tumbado violentamente contra el respaldo porque, cuando estaba cayendo, el agente de la CIA disparó de nuevo el puño, alcanzándole ahora en la barbilla. Tchekov rebotó, pues, en el respaldo, y fue a caer de rodillas delante del otro Simón que se había adelantado para apoyar a su compañero. Y antes de que Tchekov pudiese reaccionar o moverse de su postura arrodillada, Simón le disparó un rodillazo que le alcanzó en el pecho y le tiró de nuevo contra el asiento del

sofá.

Luego, los dos Simones agarraron rudamente por la ropa al soviético, y lo sentaron de nuevo en el sofá-cama.

David Tchekov sacudió la cabeza, se pasó las manos por la cara, y gimió al tocarse la golpeada barbilla. Retiró las manos de la cara, y volvió su extraviada mirada hacia Elena Martínez.

—Estás cometiendo un error —jadeó con voz ronca—. ¡No sé quién ha podido engañarte de ese modo, pero yo soy David Tchekov!

—Hay un modo muy sencillo para que me convenzas de ello —reflexionó Elena—. Me atrevo a suponer que como Pavel Chevikief eres un buen espía, pero poco enterado de cuestiones de teórica espacial. Si eres Pavel Chevikief, no sabrás nada de estas técnicas. Si eres David Tchekov, seguramente podrás darnos a todos una pequeña conferencia de satélites espías y el modo de detenerlos en el espacio. Te escuchamos, camarada.

—Estás loca —movió la cabeza Tchekov—. Sois vosotros quienes no entenderíais nada de nada sobre técnica espacial aunque os estuviera hablando durante horas.

—Me parece que nos estás menospreciando —frunció el ceño Elena—. Pero, en cierto modo, quizá tengas razón. Bueno, vamos a suponer que tú eres el verdadero Tchekov, y que no quieres hablarnos de esas técnicas espaciales contra nuestros satélites espías porque nosotros no estamos capacitados para entenderte. *Okay*. De acuerdo. Pero sí puedes, en cambio, facilitarnos los planos que sobre estas cuestiones sacaste de Rusia y que tienes escondidos en algún lugar.

—Ya te he dicho que no os entregaré los planos hasta que me encuentre a salvo o en ruta hacia Estados Unidos.

—Las cosas han cambiado bastante, querido —replicó secamente Elena Martínez—. Ahora no tengo por qué ser amable contigo, considerando que, realmente, estoy convencida de que eres agente de la MVD. De modo que teniendo en cuenta que no voy a gastar más consideraciones contigo solamente tienes un camino: entregarnos esos planos, y así nos convenceremos de que los muchachos de la MVD han podido engañarme y que tú eres David Tchekov.

—¿Y si no te entrego los planos?

—No digas tonterías… Sabes muy bien que si no me entregas los planos voy a matarte. Y no por ese simple hecho, ya que yo creo que no estás capacitado para entregarme los planos, sino porque estoy convencida de que tú interviniste en la trampa que la MVD preparó en Orly y que costó la vida a uno de mis Simones.

—¡Yo no tuve nada que ver con aquello! Te estoy diciendo que soy David Tchekov, y que…

—Ya basta —cortó con una frialdad terrible Elena Martínez—. Sencillamente, dime dónde están los planos si así puedes probarme que eres David Tchekov…, o disponte a morir.

Diciendo esto, Elena Martínez había abierto su maletín y sacado su pistolita de cachas de madreperla, con la que quedó apuntando al soviético. Este se pasó la lengua por los labios, miró a los agentes de la CIA y de nuevo los negros y congelados ojos de Elena Martínez.

Por fin, tras suspirar profundamente, asintió con la cabeza con un gesto de derrota.

—Está bien… Puesto que no tengo más remedio que decirte dónde están los planos, y quiero seguir viviendo, te lo diré.

—Inteligente decisión. ¿Dónde están?

—Verás lo que hice… Cuando llegué al aeropuerto de Barcelona con el pasaporte de Jules Bertier, lo primero que hice fue alquilar un coche en una de las oficinas que hay en el vestíbulo del aeropuerto. En ese coche puse los planos, y luego lo dejé estacionado en el aparcamiento que hay frente al edificio del aeropuerto. Justo delante de la salida de vuelos internacionales.

—Muy interesante. ¿Y luego?

—Bueno, luego tomé un taxi y me hice traer a Barcelona.

—Interesante… y además, muy inteligente por tu parte, colega. ¿Cómo podemos encontrar ese coche?

—Naturalmente, me fijé en la marca y en el número de matrícula —masculló David Tchekov—. Es un Seat 1430. La matrícula es B-789153.

—¿Y las llaves?

—No tenía ningunas llaves cuando llegó —dijo uno de los Simones—. Está mintiendo, Baby.

—No estoy mintiendo —gritó de nuevo Tchekov—. ¡Os estoy diciendo que soy David Tchekov y os estoy dando todas las

facilidades para que podáis comprobarlo! Las llaves las dejé debajo de la rueda delantera izquierda, después de haber dejado en el maletero los planos y los documentos del alquiler del coche.

—¿De qué color es el coche? —preguntó Elena.

—Bueno, de un color parecido al amarillo…, un color marfil, más o menos.

—Es decir, de tono claro. Bueno, será fácil de localizar aunque el aparcamiento no esté muy iluminado.

—Debe de estar iluminado —refunfuñó David Tchekov—. Me fijé bien en que había farolas más que suficientes para ello.

—Es decir, que no has olvidado ningún detalle. Está todo tan bien preparado que por fuerza todos tenemos que comprender que es mentira.

—Pero… ¿qué dices? —se desorbitaron los ojos de David Tchekov—. ¡Acabo de decirte toda la verdad!

—Claro que no, querido colega —refutó Baby—. No has dicho la verdad, sino lo que tenías preparado para el caso de que las cosas se pusieren difíciles. Yo te voy a decir la verdad. La verdad es que cuando cazasteis al verdadero David Tchekov, naturalmente le quitasteis los planos. Y para el caso de que determinadas contingencias te pusieran en gravísimo peligro, preparasteis lo de ese coche. Es incluso posible que los planos estén en él. Pero insisto en que esos planos…, que por otra parte seguramente no serán los auténticos, solamente han sido puestos en ese coche para el caso de que llegases a necesitar una prueba de convicción si te encontrabas en una situación como esta.

—¡No, no, no! —Gritó Tchekov—. ¡Eso no es cierto, estás equivocada, te aseguro que las cosas son como yo acabo de explicarte!

—Colega Chevikief —dijo fríamente Elena alzando más la pistolita y apuntándole al pecho—: tú sabes muy bien que hay una cosa dentro de nuestra labor de espionaje que jamás perdono. Y esa cosa es la muerte de uno de mis Simones en circunstancias en las que no concurran igualdad de oportunidades o un mínimo de posibilidad de defensa por su parte. A mi juicio, lo que ocurrió en Orly fue una emboscada, en la que cayó muerto uno de mis Simones. Y tú formas parte del grupo asesino.

—¡Yo no…!

Plop, plop, chascó la pistolita de la agente Baby.

David Tchekov, que de nuevo se había incorporado de un salto, lanzó un grito, se llevó las manos al centro del pecho, giró sobre sí mismo hacia atrás y cayó de bruces sobre el sofá-cama.

Allí estuvo unos segundos gimiendo y agitándose. De pronto, una brusca sacudida recorrió su cuerpo, y quedó completamente inmóvil, con la cabeza vuelta hacía el respaldo del sofá.

El súbito y denso silencio se prolongó por espacio de cinco o seis segundos. Luego, la agente Baby guardó su pistolita de nuevo en su maletín, cerró este, y miró a Pritchard y a los otros dos Simones, que la contemplaban impávidos, a la espera de nuevas instrucciones por parte de la espía más peligrosa del mundo.

—Supongamos —murmuró ella— que la bien urdida trama soviética para cazarme a mí después de haber cazado ya a David Tchekov, ha llegado al extremo de colocar, en ese coche estacionado en el *parking* del aeropuerto, los verdaderos planos que sacó de Rusia David Tchekov. ¿Les parece a ustedes razonable, Simones?

—A mí no —exclamó uno de estos—. Yo más bien creo, como usted ha dicho antes, que deben de ser planos falsos.

—Lo mismo pienso yo —dijo el otro.

—¿Y usted, Jason? —Lo miró Elena.

—Lógicamente debería ser así —refunfuñó Jason Pritchard—. Pero nunca se sabe hasta qué extremos pueden llegar los rusos para que funcione bien un plan tendido nada más y nada menos que contra la agente Baby de la CIA.

—Eso es lo que yo estaba pensando —aprobó Elena Martínez—. Tenemos las mismas probabilidades de que esos planos sean falsos, o de que sean auténticos. Cincuenta por ciento a favor, cincuenta por ciento en contra. Yo creo que es un porcentaje a favor lo bastante alto como para que nos interesemos por esos planos.

—¿Quiere decir que vamos a ir al aeropuerto a buscarlos?

—Naturalmente. Pero no en grupo, desde luego.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que iré yo sola al aeropuerto a buscar esos planos.

—Desde luego que no —exclamó uno de los Simones—. ¡Eso sería una locura, Baby!

—¿Por qué?

—Bueno…, no lo sé, pero me parece una barbaridad. Por supuesto, si los rusos han colocado los planos en ese coche es lógico que tengan como mínimo un par de hombres vigilándolo.

—Y no solo eso —intervino Pritchard—. El peligro puede ser muchísimo mayor si los rusos han descubierto ya que usted ha escapado del chalé de Castelldefels. No tendría nada de extraño que hubiesen vuelto allí, o llamado a su compañero por la radio de bolsillo. Y al no obtener respuesta de él, seguro que han tenido que ir allí, y viendo que usted ha escapado habrán comprendido que lo primero que habrá hecho es venir aquí a encargarse debidamente de Pavel Chevikief…, por supuesto después de obligarle a decir dónde están los planos.

—Si lo han montado así, Jason tiene razón —dijo un Simón—. Si los rusos saben ya que usted ha escapado por fuerza tienen que saber que ha venido por Chevikief y que este, para salir del apuro, tiene que haber mencionado esos planos, sean falsos o verdaderos. En cuyo caso, los rusos tienen que saber que nosotros vamos a ir en busca de esos planos.

—Pero los rusos no se han enterado todavía de que yo me he fugado —sonrió Elena Martínez—. Y eso lo sabemos con toda seguridad Jason y yo, por la sencilla razón de que la radio del ruso que me vigilaba en el chalé de Castelldefels la tiene Jason y en esta no ha sonado ni una sola vez su llamada. ¿O sí ha sonado, Jason?

—Pues no —parpadeó el agente de la CIA—. Es cierto, no ha sonado, pero pueden haber vuelto allá con el coche por cualquier motivo. Y entonces sí se han dado cuenta de que usted ha escapado… y por supuesto no van a cometer la tontería de demostrar que lo saben llamando por la radio a su compañero, ya que al hacerlo, o no recibirían respuesta, o contestaría alguien que no sería él. Y entonces ya no podrían mantener oculto que ellos saben que usted se ha escapado.

—Santo cielo, qué elaborado es todo esto —se llevó graciosamente Elena las manos a la cabeza—… Pero estamos haciendo demasiadas cábalas. Mi opinión es que puesto que la radio no ha sonado llamando al hombre que se quedó en el chalé de Castelldefels, y los rusos deben de tener concentrados prácticamente todos sus efectivos alrededor del consulado por si intentamos

escapar con David Tchekov, es decir, con su camarada Pavel Chevikief siguiendo el juego, ello significa que no ha ido nadie al chalé. Por lo tanto, debo ir yo sola al aeropuerto de Barcelona.

—Pueden seguirla desde aquí al ver que hace unos minutos ha entrado en el consulado y vuelve a salir —dijo Jason Pritchard.

—Cuando yo estoy atenta a una posible persecución, Jason, no hay ningún espía en el mundo…, o casi ninguno, que pueda seguirme, digamos, por los medios habituales.

—Pero… ¡maldita sea! —Pritchard parecía desesperado—. De un modo u otro ellos pueden enterarse de que usted ha escapado del chalé y entonces es lógico que vayan a por los planos sabiendo ya que no pueden contar con los servicios de Pavel Chevikief.

—Correré ese riesgo. Y como no quiero más complicaciones, ni mucho menos más muertes en este asunto, iré sola. Vámonos, Jason.

—Ah —exclamó Pritchard—. ¿Voy con usted?

—No —sonrió Elena—. Solamente se trata de que me lleve hasta donde tiene usted su coche. Supongo que será tan amable de prestármelo.

—Claro que sí, pero… Bueno, todo esto es una locura.

—Ya verá como no. ¿Qué cree que harán los rusos cuando nos vean ahora aparecer en la Vía Layetana a usted y a mí?

—¿Cómo demonios voy a saber yo lo que van a hacer los rusos? —masculló Pritchard.

—Yo sí lo sé. Cuando me han visto antes entrar, quizás han llegado a la conclusión de que soy Baby, pero están tan empeñados, tan obsesionados en cazarme, que precisamente eso nos va a favorecer. Ya verá como cuando salgamos los dos de aquí ningún ruso nos seguirá. Seguirán esperando aquí delante a que la morena que ellos suponen Baby abandone el edificio.

—Eso no es posible —murmuró Pritchard—. Tendrán que vernos por fuerza.

—Claro que nos verán, pero nosotros no les interesaremos. Puesto que tan empeñados y obsesionadas están en cazar a la agente Baby, es más que probable que se desentiendan de nosotros y continúen vigilando la salida del consulado.

—Pero si usted misma dice que nos verán salir…

—Verán salir a dos personas… Ninguna de las cuales será la que

a ellos les interesa, Simón —sonrió secamente Elena Martínez.

—Pero…

—Salgamos de aquí —señaló hacia la puerta, y miró luego a los dos Simones—. Ustedes dos encárguense de embalar adecuadamente el cadáver de Chevikief cuando Jason y yo hayamos abandonado el consulado.

Acompañada por el desconcertado Jason Pritchard, Elena Martínez salió del cuarto donde yacía el falso David Tchekov. Afuera, en el pasillo, había un par de hombres que miraron interrogantes a la espía internacional. Esta les hizo una seña, y los dos hombres se acercaron inmediatamente.

—Lleven inmediatamente al más bajo de nuestros compañeros al despacho de Jason —ordenó Elena.

—¿Al más bajo? ¿Por qué?

—Porque necesito sus ropas —sonrió la agente Baby.

Dicho esto tomó de un brazo al pasmado Pritchard y le llevó hasta su despacho. Una vez dentro, lo miró, y sonrió cuando el propio Pritchard, tras soltar un bufido, sonrió a su vez.

—Desde luego, es usted maestra en el arte de disfrazarse, pero… ¿realmente cree que podrá engañar a los rusos aunque vista como un hombre? No bastan solo las ropas, tendrá que saber caminar como un hombre.

—Serán solo unos pasos —dijo Elena—. Usted saldrá un poco antes, irá por el coche, lo traerá hasta delante del consulado, yo saldré, y nos alejaremos, me apuesto cien dólares contra uno a que ningún ruso nos seguirá.

Jason Pritchard se rascó la coronilla, y finalmente acabó por soltar otro de sus bufidos.

—Ojalá sea así —refunfuñó—. Pero por si acaso intentasen algo me tranquiliza saber que voy a acompañarla.

—Solamente un trecho, hasta que nos hayamos alejado lo suficiente para convencernos de que no nos siguen —dijo Elena—. Luego, iremos con el coche hasta cerca de la casa donde Andrés Salmerón tenía su apartamento. Yo le dejaré allí, para que usted entre en el apartamento y proceda a registrarlo, sin prisas pero con gran meticulosidad, y yo iré hacia el aeropuerto.

—No es prudente que…

—Ya está decidido, Jason. Sobre todo cuando le deje en el

apartamento de Salmerón no tenga ninguna prisa. Regístrelo todo de arriba a abajo, sistemáticamente. Podrá hacerlo con tranquilidad, puesto que los rusos no se atreverán a acercarse por allí después de haber cometido un asesinato.

—Ahora comprendo por qué cuando llega usted a cualquier parte del mundo toma el mando de la CIA —hizo un simpático gesto de impotencia Jason Pritchard—. Empieza a organizar y a dirigir las cosas de tal modo que no hay manera de escapar a su influencia. Lo organiza todo, lo dirige todo, lo controla todo…, y además las cosas suceden de un modo vertiginoso apenas aparece usted.

—Sí —reflexionó Elena Martínez—. Es curioso. Y desde luego ya lo había observado antes. Las cosas están estacionadas, en suspenso durante varios días a lo mejor, y en cuanto aparezco yo y empiezo a tirar de los hilos de la trama todo se precipita y alcanza una solución, para bien o para mal.

—Querrá usted decir para bien de la CIA y para mal de los… enemigos de esta, sean cuales sean.

—No exactamente —rectificó amablemente Elena—. Para bien de los que tienen la razón y para mal de los que no la tienen.

—Sí…, claro, bueno, eso he querido decir.

La puerta de la oficina se abrió de pronto y dos agentes de la CIA entraron en ella.

Uno de los agentes, el más bajo, debía de medir no menos de metro setenta y seis, pero considerando la estatura de Baby, esta decidió que podía solucionar el pequeño problema.

—Muy bien —le sonrió al desconcertado espía—. ¿Quiere desnudarse, por favor, Simón?

—¿Qué?

—Que se desnude —casi rio Baby—. Tengo interés por contemplar un hombre tan apuesto como usted en ropa interior.

—Pe-pero…

—Necesito su traje. Eso es todo. ¿No podremos encontrar un sombrero en el consulado?

—¿Un sombrero? Bueno, no sé… Seguramente habrá alguno en los armarios. Iré a ver —dijo el otro Simón.

Había dos sombreros, exactamente.

Y cuando la agente Baby se puso el que eligió, completando así

el atuendo masculino, tanto Jason Pritchard como los otros dos agentes de la CIA, uno de los cuales estaba en ropa interior, miraban boquiabiertos a la señorita Elena Martínez Valdés.

—Considerando que es de noche, y que solo va a dar unos cuantos pasos —murmuró Pritchard—, yo creo que puede conseguirlo. Todo depende de cómo dé esos pocos pasos desde el portal hasta el coche.

# Capítulo VI

—¿Qué le han parecido mis pasos? —preguntó Baby.

Pritchard dirigió una vez más la mirada hacia el retrovisor asegurándose así de que ningún coche había partido tras el suyo, lo cual habría sido muy fácil de comprobar, ya que, cerca de las dos de la madrugada, la circulación rodada por Vía Layetana era prácticamente nula.

—A juzgar por los resultados fueron unos pasos muy bien dados —admitió Pritchard—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

—Vamos hacia el pasaje de Méndez-Vigo. Y tenga usted mucho cuidado cuando esté en el apartamento de Salmerón. No quisiera que a usted le colocasen también en una órbita de muerte, Jason.

—¿Cómo dice? —se desconcertó el espía.

—Es una manera de hablar —sonrió Elena—. Como todo este asunto está relacionado con satélites artificiales que son… digamos asesinados en el espacio, se me ha ocurrido esto de las órbitas de muerte. Al parecer, no solo los satélites están en órbitas amenazadas de muerte por los rusos, sino también los que estamos aquí abajo corremos el peligro de que nuestras órbitas, nuestras… trayectorias por la vida sean brutalmente interrumpidas. Por eso he dicho lo de las órbitas de muerte. Ya colocaron en la órbita de muerte a nuestro compañero en Orly y luego, posiblemente, hayan matado al verdadero David Tchekov. Después han matado a Andrés Salmerón, usted mató a un ruso en el chalé de Castelldefels… y, finalmente, yo he tenido que matar a Pavel Chevikief en el consulado. Demasiadas órbitas de muerte, Simón.

—Sí —murmuró Pritchard—. Demasiadas. Pero así es el espionaje. Y cuando uno interviene en este juego hay que aceptarlo con todas sus consecuencias.

—Eso es lo que yo he dicho siempre —murmuró Baby.

Pocos minutos más tarde Jason Pritchard detenía el coche a

unos doscientos metros del pasaje de Méndez-Vigo, y tras dar unas instrucciones a Baby se apeó, y se alejó dispuesto a cumplir las instrucciones de la espía internacional en el apartamento de Andrés Salmerón. Por su parte, Brigitte Montfort, alias Elena Martínez, alias Baby, ocupó la plaza del volante en el coche, y partió por una calle hacia arriba, hasta localizar la de Aragón. Una vez en esta ya conocía el camino, por haberlo hecho anteriormente, aunque en situación bien diferente, cuando los agentes rusos Nijarazde, Volsov y Chotchovili la habían llevado prisionera al pequeño chalé de Castelldefels.

En esta ocasión tampoco tuvo necesidad de llegar a Castelldefels.

A unos siete kilómetros de la ciudad estaba el desvío que llevaba al aeropuerto de Muntadas. Desvío que tomaba poco más tarde la espía internacional.

Y eran exactamente las dos y veinte minutos de la madrugada cuando llegaba con el coche de Pritchard a la entrada del *parking* del aeropuerto barcelonés.

Tomó el *ticket* del aparato expendedor, la barrera automática se alzó, y el coche penetró en el estacionamiento.

Mientras circulaba por este fue mirando hacia el edificio, a su derecha. Dentro se veían unas pocas personas yendo de un lado para otro, y algunas esperando. En el estacionamiento no se veía ni una sola persona.

Conduciendo lentamente Baby llegó ante una de las plazas libres del estacionamiento, metió en ella el coche, y paró el motor. Apagó todas las luces, y quedó un par de minutos pensativa. Para cualquiera que hubiese podido mirar hacia aquel coche, y gracias a la más que aceptable iluminación del estacionamiento, el conductor de aquel vehículo era sin lugar a dudas un hombre. Baby sonrió levemente al pensar en las palabras de sus compañeros de la CIA. Verdaderamente, en todos aquellos años de espionaje se había convertido en una auténtica maestra del arte del disfraz. Se había disfrazado tantas veces, y de tan diversas maneras, que ya ni siquiera recordaba la mayor parte de ellas.

Pero en esta ocasión, y ya en el aeropuerto, tras aquellos minutos de reflexión decidió que no era de ninguna manera conveniente para ella continuar con aquellas prendas masculinas.

Y ello por una razón muy sencilla: si en el estacionamiento del aeropuerto había agentes de la MVD y veían un hombre acercándose al coche en el que estaban los planos y dispuesto a hacerse con estos, era muy probable que disparasen sin preocuparles demasiado que el hombre cayese muerto. En cambio, si quien se acercaba era una mujer, tendrían que comprender inmediatamente que era la agente Baby. Y aunque la MVD estuviese dispuesta a pagar cinco millones de dólares por la cabeza de la agente Baby, esta sabía positivamente que los pagaría con mucho más agrado si la cabeza de la espía internacional continuaba firmemente asentada sobre sus hombros. Baby muerta nada podía decir. Baby con vida sería una fuente inagotable de información para los servicios secretos soviéticos.

Y no cabía la menor duda de que era menos malo caer prisionera que caer muerta. Así pues, la agente Baby procedió a desprenderse de la ropa masculina y a ponerse de nuevo el vestido de punto, quedando otra vez convertida en la señorita Martínez en su versión morena y de ojos oscuros.

Hecho esto puso de nuevo el coche en marcha, abandonó la plaza, y emprendió la búsqueda del coche de color marfil, marca Seat, matrícula B-789153.

Con toda lógica buscó ante todo la zona de aparcamiento situada frente a la salida de vuelos internacionales. Una vez allí, y siempre conduciendo muy despacio, comenzó a fijar, su atención en los coches de color claro ante los que iba pasando.

Y, en efecto, allá estaba el coche mencionado por David Tchekov. Marca Seat, modelo 1430, matrícula B-789153.

Inconfundible e indiscutible.

Elena Martínez detuvo el coche de Pritchard, cruzado a la parte posterior del coche alquilado por David Tchekov. Paró de nuevo el motor, se apeó, y fue decididamente hacia la parte delantera del coche. Se inclinó junto a la rueda delantera izquierda, metió la mano debajo tanteando, y, en efecto, enseguida sus dedos palparon el frío de las llaves colocadas bajo la rueda de tal modo, tan bien encajadas allí hasta el límite, que era prácticamente imposible que nadie pudiera verlas casualmente.

Las retiró, se irguió, y caminó hacia la parte posterior del coche donde estaba el maletero.

Allí, a la luz del aparcamiento, examinó las tres llaves que había en el sencillo llavero, que era un simple aro metálico.

Y estaba pensando en cuál de ellas probar en primer lugar para abrir el maletero cuando, de pronto, la voz de hombre, en ruso, llegó nítidamente hasta ella.

—¡No se mueva, Baby! ¡Está completamente rodeada!

Elena Martínez quedó como petrificada, con las llaves en alto cerca de su rostro. Lentamente, alzó también la otra mano colocándola a la misma altura, y por supuesto no se movió. No tuvo necesidad de hacerlo, porque a los pocos segundos un par de hombres aparecieron por delante de ella, desde detrás de los coches allí estacionados. Y casi en el acto, moviendo los ojos hacia un lado, Baby vio aparecer a otro hombre… Desviando los ojos hacia el otro lado, todavía vio otro más… Y sin necesidad de volver la cabeza comprendió que lo más probable era que tras ella hubiesen aparecido uno o dos agentes soviéticos más. Todos ellos, naturalmente, empuñando una pistola provista de tubo silenciador.

—Continúe así —le llegó la misma voz, siempre en ruso—. Es el mejor sistema para que no sintamos la tentación de acribillarla a balazos.

—No pienso moverme —dijo con voz tranquila Elena Martínez.

En pocos segundos se encontró rodeada exactamente por cinco hombres. Uno de ellos se acercó más a ella y con la mano izquierda retiró las llaves de entre los deditos de la espía internacional. Luego, se quedó mirándola fijamente, con un destello de admiración en los claros ojos.

La espía sonrió simpáticamente.

—¿Qué tal, colega Eugen Katchurian?

—Bien —sonrió a su vez el ruso—… Sobre todo en estos momentos, en que toda mi jugada ha terminado perfectamente.

—Le felicito —murmuró Elena Martínez—. ¿Cómo es posible que haya sido usted tan oportuno en su aparición?

—Una espía tan inteligente como usted —replicó con cierta sorna Eugen Katchurian— tendría que haberlo comprendido ya, ¿no le parece?

—Déjeme pensar… Vamos a ver; resulta que ustedes, por lo que fuese, regresaron al chalé donde se suponía que yo debía continuar prisionera. Y al encontrar allí muerto a su camarada Nijarazde, y en

cambio no encontrarme a mí, tuvieron que comprender que, ya sabiendo la verdad de sus planes, yo me había apresurado a ir al consulado norteamericano para eliminar a su camarada Pavel Chevikief. Claro está, obligándole antes a que me informase dónde estaban los planos, en su intento por convencerme de que era David Tchekov. Solo que no era David Tchekov, sino Pavel Chevikief, el cual contaba con que ustedes habían colocado unos planos en este coche por si en determinado momento no tenía más remedio que ponerme en las manos unos planos a fin de tranquilizarme o convencerme de que todo era lo que parecía.

—Exactamente.

—Todo muy bien montado —elogió Elena Martínez—. Pero usted ha cometido un gran error, Eugen.

—¿Un error? ¿Cuál?

—Un error muy corriente entre los que se creen muy inteligentes: pensar que los demás son tontos.

—Ya… Usted está diciéndome ahora que no es tonta.

—Ni mucho menos, Eugen. Si yo fuese tonta, no llevaría quince años largos saliendo bien librada de toda clase de apuros.

—¿Qué quiere decir exactamente? —Se inquietó de pronto el jefe de los rusos destinados para aquella misión en Barcelona—. ¿Qué es lo que está tratando de decirme?

—Terminaré de explicar lo que antes había comenzado. Ustedes sabían que, como último recurso para evitarse gravísimas dificultades, David Tchekov tendría que decirme dónde estaban los planos. Y en cuanto ustedes se enteraron de ello, lo que hicieron fue venir a buscarlos y al mismo tiempo a cazarme a mí. ¿No es eso?

El rostro de Eugen Katchurian quedó súbitamente pálido. Una palidez que destacó bajo las luces del estacionamiento.

—¿Sabe usted la verdad? —exclamó.

—Por supuesto que sí, Eugen. El espionaje, ya lo he dicho muchas veces, es casi siempre como una… operación matemática. Y en las operaciones matemáticas los resultados nunca pueden sorprender a nadie. Dos y dos siempre son cuatro, simplemente.

—Entonces… ¿no ha venido sola?

—Claro que no. En estos momentos, una docena de agentes de la CIA están apuntándoles a todos ustedes desde diferentes lugares de este estacionamiento. Algunos con pistolas, otros, un poco más

alejados, con rifles de altísima precisión y miras telescópicas. Le aseguro que no es ninguna broma, Eugen.

—¿Cómo ha podido saber la verdad? —jadeó el ruso.

—Ya se lo he dicho: sumando dos y dos. Aparte de ello, después de que sus dos camaradas dispararon contra Andrés Salmerón yo hice las cosas de modo que uno de mis Simones lo aclarase todo muy bien respecto a Andrés Salmerón. Y las cosas ya están lo bastante aclaradas para mí.

—No es cierto… ¡Y tampoco es cierto que estemos rodeados por agentes de la CIA!

—Es absolutamente cierto, Eugen. Le sugiero, pues, que hagamos un trato razonable y pacífico.

—No le hagas caso, Eugen —masculló uno de los compañeros de este—. Es evidente que ella está mintiendo intentando salir con bien de esta situación.

—Por favor, sean sensatos —pidió Elena Martínez—. ¿Realmente creen que yo hubiera venido sola, sabiendo ya la verdad, a meterme en la boca del lobo?

—Aunque sea cierto lo que usted dice —exclamó otro de los rusos— nosotros podemos matarla a usted antes de que sus Simones nos maten a todos nosotros.

—¿Y eso es lo que quiere usted? —Miró Baby al ruso que había hablado—. ¿Quiere que organicemos en el aeropuerto de Barcelona un tiroteo que cueste la vida a ocho o diez personas? Estoy hablando de personas, tanto rusos como americanos. ¿Eso es verdaderamente lo que usted considera un desenlace adecuado, colega?

—¿Qué otro desenlace sugiere usted? —se apresuró a preguntar Eugen Katchurian.

—Creo que ya ha habido demasiados muertos —murmuró Baby —. Sí, han sido colocadas demasiadas personas en órbita de muerte. Vamos a terminar con esto, Eugen. Ustedes están rodeados, y, a las malas, perdidos. En cuanto a mí, considerando que la muerte de mi Simón de Orly fue en una trifulca como la que usted… o al menos su compañero pretende organizar aquí, voy a dar por saldado ese asunto. Nada de venganzas ni rencores. Siempre muere alguien en el espionaje, y esta vez le tocó a uno de mis Simones. De acuerdo. Ahora terminemos la fiesta en paz. Ustedes han perdido la jugada.

Así pues, entreguen sus armas, déjense capturar tranquilamente, y mañana a mediodía, cuando yo me haya marchado de Barcelona con David Tchekov y con los planos, serán puestos en libertad y podrán regresar a donde deseen.

—Está loca si cree que vamos a aceptar eso —intervino de nuevo el otro agente de la MVD—. No lo aceptaríamos de ninguna manera pero es que, además, sabemos que no podemos estar rodeados por agentes de la CIA. Prácticamente todos ellos están en el consulado. Los vimos muy bien cuando iban llegando para reunirse allí.

—Sí. Ustedes los vieron llegar, pero no salir.

—No han salido. Nos habrían avisado los nuestros.

—Han salido… Pero no por la puerta grande que da a la Vía Layetana. Vamos, no me decepcionen, colegas. Ustedes saben perfectamente que de un edificio se puede salir por muchos otros sitios además de por la puerta. Aunque ustedes no hayan sido informados por los muchos compañeros que han quedado vigilando el numero 33 de Vía Layetana, yo le aseguro que prácticamente todos mis Simones han salido de allí, y en estos momentos los están rodeando y apuntando con sus armas.

—No le hagas caso, Eugen —intervino nerviosamente otro de los rusos—. Seguro que está mintiendo.

—Puede que sí —admitió Katchurian—. Pero si no está mintiendo lo cierto es que, aunque nosotros matemos a Baby, los de la CIA nos matarán. A los cinco, no tengáis la menor duda. O quizá, viendo que hemos matado a Baby, prefieran capturarnos con vida… Y te aseguro que después de haber matado a Baby, yo mismo me pegaría un tiro en la sien antes que dejarme atrapar con vida por los agentes de la CIA.

—¡Dejémonos ya de tonterías! —dijo el primer ruso en contestar —. Abre ese maletero, recojamos los planos de David Tchekov, y larguémonos con ella en el coche. Ya veréis como nadie nos sale al paso y podemos encargarnos de su traslado hasta Moscú.

Eugen Katchurian no contestó. Elena Martínez, que lo miraba fijamente, hizo un gesto de impotencia cuando por fin Katchurian decidió:

—Nos la vamos a llevar. A usted y los planos de David Tchekov.

—Lo siento por ustedes —murmuró Baby.

—Apártese —gruñó Katchurian.

La apartó él mismo, buscó la llave correspondiente al maletero, y una vez la hubo introducido, la giró y alzó la tapa.

En ese mismo instante, cuando Eugen Katchurian se inclinaba hacia el interior del maletero, comenzaron a suceder las cosas que la agente Baby había estado tratando de evitar.

Y comenzaron a suceder precisamente cuando ella inició su ofensiva. Con una rapidez imposible de controlar y de modo tan inesperado que aún sorprendió más a los rusos, Elena Martínez efectuó una vuelta sobre sí misma alzando la pierna derecha de modo que su pie fue a hundirse ferozmente en los testículos del ruso más reacio a aceptar componendas. El hombre lanzó un tremendo berrido y, completamente olvidado de su pistola, saltó en el aire llevándose las manos al lugar golpeado.

Y todavía estaba este hombre lanzando el berrido de dolor y Katchurian inclinado sobre el maletero, cuando en la mano derecha de Baby apareció la pequeña pistolita, de la cual brotó una delgada franja de tono anaranjado.

Plop, chascó el disparo.

La bala alcanzó en el centro de la frente al otro ruso que había apoyado al más reacio de ellos a aceptar tratos. El hombre se desplomó hacia atrás sin proferir ni siquiera un gemido, con los ojos bruscamente vueltos hacia dentro.

Pero mientras tanto los otros dos rusos habían comenzado a disparar, lanzando sendas exclamaciones de incredulidad cuando aquella mujer que acababa de quitar de en medio a dos de sus compañeros desaparecía vertiginosamente del lugar que había estado ocupando durante su velocísima acción.

Una de las balas disparadas fue a hundirse en la espalda de Eugen Katchurian, que lanzó un grito de dolor y cayó de cabeza dentro del maletero. La otra bala fue a hundirse dentro de este, sin más consecuencias para nadie…, mientras Elena Martínez, rodando por el suelo tras el agilísimo salto, desaparecía detrás de otro coche…, seguida por las dos siguientes balas de los soviéticos, que rebotaron con agudo tañido contra el suelo.

Y eso fue todo lo que pudieron hacer aquellos dos rusos que quedaban en pie. Disparar dos veces, y además en vano, contra la agente Baby. Porque en el mismo momento en que esta, considerándose a salvo y todavía girando en el suelo, se disponía a

gritar a sus Simones que no disparasen, estos habían iniciado ya el fuego contra los hombres que estaban disparando contra la niña mimada de la CIA.

No se oyó nada. No se oyó nada que no fuese los gritos de dolor de los dos soviéticos al ser zarandeadas por la andanada de balas que llegaron de todas partes, Tantas, tan violentamente, que los soviéticos permanecieron todavía unos segundos en pie, sostenidas por los mismos impactos de las balas, que llegaban de diferentes lugares.

—¡No! —Se oyó el grito de Baby cuando dejaron de gritar los dos hombres que estaban siendo acribillados—. ¡No disparen más, es suficiente!

Los dos rusos, que habían dejado de gritar porque habían dejado de recibir balazos, se desplomaron bruscamente, como masas muchísimo más pesadas de lo que eran en realidad. Todavía metido de cabeza en el maletero del coche, Eugen Katchurian gemía y hacía vanos esfuerzos por enderezarse… Un poco más allá, el ruso que había recibido en los testículos el tremendo puntapié propinado por Baby, estaba consiguiendo ponerse en pie y su turbia mirada buscaba la pistola que había escapado de su mano.

Pero no llegó a localizarla. Vio una sombra que se interponía delante de él, alzo la cabeza, la sacudió, y la visión se aclaró súbitamente. Al mismo tiempo que veía a Elena Martínez y lanzaba una exclamación de furia, el soviético recibía el impacto de la manita de la espía internacional en un lado del cuello, y esta vez el golpe fue definitivo. El soviético se desplomó hacia un lado sin sentido, rodó por el suelo y quedó inmóvil tendido boca arriba, de cara a las estrellas…, que la iluminación del estacionamiento impedía ver.

Varios hombres habían aparecido ya por todas partes, y armas en mano corrían hacia el lugar donde se habían concentrado los hechos. En el edificio del aeropuerto todo continuaba como antes. Era prácticamente imposible que ni siquiera los gritos de los soviéticos al ser acribillados hubiesen llegado hasta allí. En cuanto a la salida del estacionamiento donde debía de estar el servicio de cobro, distaba lo bastante para que por poco somnoliento que estuviese el empleado, tampoco se hubiese enterado de nada.

Desentendiéndose de sus compañeros que llegaban a la carrera,

Baby se acercó a Eugen Katchurian, que continuaba gimiendo y doblado sobre la cintura en la parte posterior del coche, y con el torso y la cabeza metidas dentro del maletero.

—No haga más esfuerzos —dijo la espía—. Nosotros nos ocuparemos de usted, Eugen.

—Me estoy… me estoy… muriendo —jadeó este—… Tengo la espalda… la espalda… como… como paralizada…

—Tranquilícese. Nos ocuparemos de usted.

A los dos primeros agentes de la CIA que llegaron allí, Baby les ordenó que retirasen con cuidado a Katchurian de su grotesca posición en el coche. Segundos después, con el cuidado que exigía la agente Baby, el espía soviético era depositado en el suelo, boca abajo.

Mientras tanto, la agente Baby tomó del interior del coche el portafolios y cerró el maletero. Luego fue a acuclillarse junto a Katchurian, en el lado hacia el que este tenía vuelto el rostro. Baby tocó la frente del ruso y la encontró perlada de sudor frío.

—No puedo mover las piernas —jadeó el soviético—… No puedo mover nada. ¡Por favor, pégueme un tiro!

—Ya le he dicho que se tranquilice, Eugen. Le llevaremos a una clínica donde será cuidadosamente atendido. Si algo se puede hacer por usted, se hará. Se lo garantizo.

—¡No, no! —grito histéricamente Katchurian—… La bala debe de haberme ocasionado una parálisis total. ¡Por favor, pégueme un tiro!

—Comprendo lo que siente —murmuró Baby—, pero desde luego no pienso complacerle en eso. Por el amor de Dios, ¿cómo son ustedes tan estúpidos? ¿No les estaba advirtiendo seriamente de lo que iba a ocurrir?

—Mis compañeros… ¿Qué ha sido de mis camaradas?

—Mucho me temo que tres de ellos han muerto. El otro está mucho mejor que usted, aunque sin conocimiento. Pero olvídese de todo y deje ya de hablar y de preocuparse por nada. Lo vamos a llevar inmediatamente a una clínica de Barcelona en la que tenemos médicos muy competentes y adictos a la CIA. Ya no hable más, Eugen.

—Prefiero morir —jadeó el ruso—…, prefiero morir, prefiero morir, prefiero morir…

Brigitte Baby Montfort se incorporó junto al derrotado agente de la MVD, y mirando a los silenciosos agentes de la CIA que la rodeaban, murmuró:

—Traigan los coches. Vamos a ver si conseguimos marcharnos de aquí sin que hayan más muertes y sin buscar contratiempos ni complicaciones a personas que nada tienen que ver con el espionaje.

# Capítulo VII

Tendido en el sofá de la sala de estar del apartamento de Andrés Salmerón, Jason Pritchard abrió de pronto los ojos, y se quedó contemplando el techo en el que se marcaban unas imprecisas rayas de iluminación diurna que entraba por una de las ventanas. Estuvo así unos segundos, pero de pronto comprendió que no era esto lo que le había despertado, sino aquel sonido rítmico y seguido, Miró hacia la derecha, lanzó una exclamación de sobresalto, y se sentó vivamente en el sofá.

—¡Baby! —gritó—. ¡Qué susto me ha dado!

—Lo siento —sonrió Elena Martínez—. De veras que lo siento, Jason. Pero precisamente, como ve, he recurrido a un procedimiento lo más suave posible para despertarlo.

Pritchard se pasó las manos por la cara, y luego miró la manita izquierda de Elena Martínez, que continuaba todavía tabaleando rítmicamente sobre la superficie del maletín rojo con florecillas azules que ella tenía colocado sobre sus rodillas. Sentada frente a él en una de las butacas, la espía internacional contemplaba amablemente al todavía sobresaltado agente de la CIA.

Este sonrió, volvió a pasarse las manos por la cara, y soltó un resoplido de disgusto.

—Me he quedado dormido como un tonto…, pero ya no podía más, después de pasar varias horas buscando por este apartamento. Y como usted me dijo que la esperase aquí…

—Sí, sí. Ha hecho usted bien, naturalmente. ¿Ha encontrado algo interesante, Jason?

—Ya lo creo que sí —exclamó este metiendo la mano derecha en el bolsillo de ese lado de la chaqueta—. He encontrado una pequeña libreta de claves y un par de micrófonos. De la libreta de claves no he podido sacar nada en claro, pero los micrófonos juraría que son de fabricación soviética.

—¿Me permite verlos? —Tendió Baby hacia él la mano con la que había estado tamborileando sobre el maletín.

Pritchard se puso en pie, y se acercó a Baby, entregándole la pequeña libreta de tapas negras y dos pequeños objetos metálicos. Luego, a una seña de Baby, el agente de la CIA volvió a sentarse en el sofá, arreglándose ahora los cabellos con ambas manos utilizando los dedos como púas de peine.

Baby concedió a los pequeños micrófonos apenas una indiferente mirada. En cambio, dedicó un par de minutos a ojear la pequeña libretita en la que había unos caracteres que a simple vista nada significaban. Por fin, cerró la libretita y miró con gran interés a Pritchard.

—Buen trabajo, Jason —elogió.

—Bueno… La verdad es que he dispuesto de todo el tiempo y toda la tranquilidad que se podía desear para un registro concienzudo.

—No, no… No me refiero a eso. Me refiero a su otro trabajo.

—¿Qué otro trabajo? —Se sorprendió Pritchard.

—El que ha estado realizando para los rusos durante bastante tiempo.

Jason Pritchard quedó lívido como un cadáver, demudado el rostro.

—¿Qué dice? —jadeó.

Elena Martínez chascó dos deditos y, en el acto, en la puerta del salón aparecieron dos agentes de la CIA, acompañados del técnico espacial soviético David Tchekov. La mirada de Jason Pritchard, que había saltado hacia allí vivamente, se desorbitó, y, si ello era posible, su pálido rostro se demudó aún más. Luego, como alucinado, volvió a mirar a la espía internacional, que ahora le contemplaba con una frialdad escalofriante.

—Pero… ¡Está muerto! ¡Este hombre está muerto, usted misma lo mató esta noche…!

—Tranquilícese, Jason. David Tchekov, el verdadero David Tchekov, que es el que usted está viendo y el que voluntariamente escapó de Rusia para finalmente presentarse en el consulado general de los Estados Unidos en Barcelona, está vivo, como puede ver. Tan vivo como seguramente lo está el ruso llamado Nijarazde, que desde luego usted no mató con aquel golpe de pistola en la

cabeza. ¿Necesita más explicaciones, realmente?

—Pe… pero…

—Dejemos ya de jugar —cortó secamente Baby—. Aquí, en los servicios diplomáticos y de espionaje norteamericanos en Barcelona, no ha habido en todo momento más traidor que usted. Usted ha sido el que ha estado trabajando para los rusos. Y usted ha sido quien ha estado facilitando los bien elaborados planes de Eugen Katchurian para que, fuese como fuese, David Tchekov no consiguiese jamás llegar con vida a los Estados Unidos.

—No es cierto… No es cierto.

—Cuando David Tchekov se presentó en el consulado de Barcelona —ignoró Baby las protestas de Pritchard—, usted se apresuró a informar de ello a los rusos. Por eso estos concentraron gran cantidad de hombres en Barcelona, concretamente, formando un cerco que podríamos definir como insalvable en torno al consulado. Pero como sabían que, dadas las circunstancias que concurrían en este caso, es decir, no solo el interés de David Tchekov y su oferta, sino la muerte de un agente de la CIA en Orly, era más que probable que la agente Baby se presentase en Barcelona, Eugen Katchurian tuvo una idea que hay que admitir como inteligentísima: arreglar las cosas de modo que David Tchekov muriese y la agente Baby pasase a poder de la MVD. ¿De acuerdo?

—No…, no…

—Sí —contradijo sosegadamente la espía—. Y con vistas a ello se montó toda la farsa. Usted, en efecto, nos estuvo siguiendo a Andrés Salmerón y a mí hasta que llegamos al apartamento de él. Cuando estuvimos allí, los rusos, que también nos habían seguido, naturalmente con su consentimiento y apoyo, subieron y se apresuraron demasiado en disparar contra Andrés Salmerón. Este apresuramiento en matar a una persona que puede decir cosas reveladoras ya me sorprendió bastante. Por lo general, nosotros, los espías profesionales, y usted lo sabe muy bien, no somos tan rápidos en matar como la gente cree gracias a las películas, novelas, y toda esa serie de fantasías que circulan acerca del espionaje. La rapidísima decisión de los llamados Volsov y Chotchovili, que por cierto, y dicho sea entre paréntesis, murieron en el aeropuerto de Barcelona, ya me hizo sospechar que algo no era lo que parecía. Y

todavía desconfié más cuando después de capturarme, ellos mismos, de un modo verdaderamente ingenuo, me hicieron comprender que el hombre que teníamos los americanos en el consulado no era David Tchekov, sino un agente de la MVD llamado Pavel Chevikief que estaba suplantando al técnico espacial. ¿Voy bien, Jason?

—No… ¡Usted no sabe lo que está diciendo!

Uno de los agentes de la CIA que había aparecido con David Tchekov, el único y auténtico David Tchekov, se acercó un par de pasos hacia el hombre que durante tanto tiempo había sido su compañero de trabajo en el espionaje.

—Maldito seas —jadeó—. ¡Tendría que partirte el alma, Jason!

—¡No, ella está mintiendo!

—Tranquilícense todos, por favor —pidió Baby, haciendo un elegante gesto con las manos—. No ha lugar a discusiones puesto que yo soy quien está explicándolo todo y quien dirá la última palabra. Como le decía, Jason, me sorprendió mucho, después de la implacabilidad que Volsov y Chotchovili habían demostrado al asesinar fríamente a Salmerón, su ingenuidad al informarme de la personalidad de David Tchekov. Esto es, que ellos tenían instrucciones para hacerme creer que David Tchekov no era tal sino Pavel Chevikief. Una vez yo informada de esto, simularon que me dejaban muy bien custodiada en el chalé de Castelldefels y se fueron a continuar con su trabajo, dándome toda una serie de peregrinas explicaciones. El buen Nijarazde hizo muy bien su papel. Incluso la parte en la que pretendía violarme… Seguramente lo habría hecho si usted le hubiese dado tiempo. Pero usted, que conforme a lo convenido con los rusos debía aparecer en el chalé explicándome luego que nos había seguido, apareció cuando Nijarazde menos deseaba. La comedia estuvo muy bien. Incluso cuando usted dijo que él estaba muerto. Yo ni siquiera quise cerciorarme de ello, porque hacerlo habría sido ponerle a usted en antecedentes de que algo no acababa de gustarme. Así que lo acepté todo y emprendimos el camino de vuelta hacia Barcelona. En la primera parte de nuestro trayecto, yo me puse en contacto con nuestros compañeros de la CIA, y les dije exactamente lo que usted y los rusos habían planeado que les dijera. Pero luego, Jason, cuando nos detuvimos en el restaurante llamado La Paella, si no recuerdo mal, yo me llevé la radio de usted tras mentirle respecto a

la mía, diciéndole que no tenía la onda de Barcelona. La tenía, pero yo quería que usted se quedase sin su radio, de modo que no pudiese oír lo que les decía al resto de mis Simones. En los servicios del restaurante La Paella, mientras me cambiaba de ropa, les di las instrucciones pertinentes para que recogiesen a Andrés Salmerón, y, tanto si estaba muerto como si todavía estaba vivo y se podía hacer algo por él, dijeran que estaba muerto. También les di instrucciones para que aleccionaran a David Tchekov en el sentido de que cuando nos presentásemos nosotros en el consulado, él fingiese, no ya en su verdadero papel de David Tchekov, sino el asunto referente a los planos que se había traído de Rusia. David Tchekov lo hizo muy bien. —Baby lo miró y consiguió una sonrisita—. Gracias por tu colaboración, David.

—No ha sido nada —sonrió el técnico espacial soviético. Baby volvió a mirar a Jason Pritchard, y continuó.

—Ciertamente, a David no le costó nada en absoluto conseguir su papel de auténtico David Tchekov. Pero vosotros ya habíais contado con esto. Habíais contado con que él haría protestas de su verdadera personalidad… Pero, claro está, yo, después de la información obtenida de los rusos, no podría creerlo de ninguna manera. Lo que yo haría, con toda lógica, era obligarle a decirme dónde estaban los planos y luego matarlo. Y así lo simulamos entre mis verdaderos Simones, David Tchekov y yo. Él nos dijo dónde estaban los planos, y yo disparé… con balas de fogueo, naturalmente. David es un gran artista en el simulacro mortal. Digamos que supo hacer muy bien su falso papel de haber entrado en una órbita de muerte. Pero hablemos de los planos. No era cierto que los planos de David estuviesen en un coche alquilado. Los planos que sacó David de Rusia están guardados en la consigna del aeropuerto de Barcelona. Lo del coche alquilado y que dentro estaban los planos, lo inventé yo, y siguiendo mis instrucciones, David Tchekov dijo que él había alquilado el coche, había dejado allí los planos, etcétera. Y eso fue lo que definitivamente me convenció de que usted era el traidor, Jason.

—¿Por qué? ¿Por qué la convenció eso?

—Porque si los planos hubiesen sido los que llevaba el verdadero David Tchekov, que se suponía que había sido capturado por los rusos para poder poner a Pavel Chevikief en su lugar…,

digo, esos planos, habrían estado en un lugar que Eugen Katchurian y sus camaradas habrían conocido perfectamente. Pero no era así. La idea consistía en que cuando David Tchekov, para convencerme de su personalidad y sinceridad, me dijera dónde estaban los planos, yo fuese a buscarlos. Entonces, los rusos, informados por ti, utilizando la radio de bolsillo que le quitaste a Nijarazde, partieron en mi persecución hacia el aeropuerto de Barcelona. Así fue como los rusos planeaban enterarse de dónde había dejado David Tchekov los planos. Pero como esto de que los planos estaban en el coche Seat, matrícula B-789153 era mentira, puesto que lo había inventado yo, comprendí que ni el hombre que había estado en el consulado era Pavel Chevikief, ni los rusos sabían dónde estaban los verdaderos planos, ni mucho menos, claro está, tenían al auténtico David Tchekov, que era, había sido en todo momento, claro está, el hombre que se había presentado en el consulado. Y temiendo esto, temiendo que los rusos querían enterarse de dónde estaban los planos, y ya muy satisfechos porque tú les habías informado, utilizando la radio de Nijarazde, que yo había matado al auténtico David Tchekov, ellos se disponían a completar el magnífico plan ideado por Eugen Katchrian. Esto es, que yo misma habría matado a David Tchekov, que ellos recuperarían los planos, que cazarían a Baby…, y que muerto Andrés Salmerón, al que culparían de traidor… incluso colocando tú esta libretita y este par de micrófonos en su saloncito, el auténtico traidor, o sea tú, quedase en libertad de poder seguir trabajando para la MVD introducido en el consulado norteamericano de Barcelona.

—¡La puta que los parió! —jadeó uno de los Simones.

Brigitte Montfort le dirigió una mirada de censura, y luego volvió a mirar a Jason Pritchard.

—Pero, como le digo, Jason, yo ya estaba convencida de que la jugada iba por unos derroteros muy diferentes a los que se me habían expuesto. ¿Sabe por qué desconfiaba desde el principio, aunque entonces muy levemente, y con más intensidad cuando los rusos Volsov y Chotchovili fueron tan ingenuos de comunicarme la verdadera personalidad del hombre que estaba en el consulado?

—No —susurró Pritchard—… No lo sé.

—Pues ocurrió que cuando nosotros dos estábamos esperando que saliese Salmerón ayer por la tarde en el consulado, este no

abandonaba su despacho de ninguna manera. Sin embargo apareció en el pasillo en cuanto hubimos salido nosotros. ¿Y sabe qué pensé justo en ese momento, Pritchard?

—¿Qué pensó?

—Pues pensé que todo parecía indicar que Andrés Salmerón había estado en su despacho atisbando por una ranura de la puerta a que usted apareciese en el pasillo. Es decir, que era todo al revés de lo que yo había creído hasta aquel momento, o sea que era Andrés Salmerón quien le estaba vigilando a usted. Y así es, en efecto. Porque luego, cuando nuestros compañeros encontraron vivo a Salmerón, y lo llevaran a la clínica y se interesaron ya más a fondo por él, descubrieron una cosa realmente curiosa de Andrés Salmerón. No era un traidor. Era… Mejor dicho, es, puesto que sigue con vida y se salvará, un agente de la Dirección General de Seguridad española, que, vigilando a algunos rusos que estaban trabajando en Barcelona, los vieron en contacto con un empleado del consulado norteamericano. Y ese empleado era usted, Jason. Por eso Andrés Salmerón fue colocado hábilmente en nuestro consulado, para que le vigilase a usted…

—Jamás podrá probar eso que está diciendo —gruñó Jason Pritchard.

—¿Eso piensa?

—Claro que sí.

—Pues es usted de una ingenuidad desde luego muy superior a la mía, Jason. ¿No le ha sorprendido o inquietado que ninguna de las veces que ha llamado usted a Eugen Katchurian utilizando la radio de Nijarazde haya obtenido respuesta?

—Yo no me he molestado en comunicarme con los rusos. Nunca he tenido nada que decirles.

—¿Tiene todavía la radio de Nijarazde?

—Sí.

—Sea tan amable de entregármela.

—Y ten mucho cuidado con lo que haces —dijo uno de los Simones, apuntándole con su pistola.

Jason Pritchard sacó de un bolsillo la radio que había pertenecido al soviético Nijarazde, y la tendió hacia Baby, que la tomó y apretó el botoncito de llamada. En el acto sonó una voz masculina:

—¿Sí?

—Simón; ¿cómo está Katchurian?

—Teniendo en cuenta la operación y su circunstancia, yo diría que bastante bien.

—¿Está consciente en estos momentos?

—Sí. Muy débil, pero está consciente.

—Entréguele la radio, por favor. Quiero hablar con él.

Hubo unos segundos de silencio, y luego en el aparato, un tanto quebrada, sonó la voz de Eugen Katchurian:

—Dígame, Baby.

—Celebro que la operación haya sido un éxito, Eugen. Y espero que podrá usted regresar a Rusia. Mientras tanto, tengo ante mí a Jason Pritchard. ¿Se le ocurre algo que decir con respecto a él?

—Todo lo que yo puedo decir sobre Jason Pritchard —sonó débil, pero clara la voz de Katchurian—, ya lo adivinó usted por sí misma. No hay nada que añadir.

—Lo sé. Pero me gustaría que Jason Pritchard, que está aquí, oyese de los labios de usted la acusación definitiva, para que no ande con más disimulos ni tonterías. ¿Sería tan amable de confirmarnos las actividades de Jason Pritchard, Eugen?

—¿Seguro que Pritchard me está oyendo?

—Seguro, sí. Se lo garantizo.

—Pues bien —se oyó el profundo suspiro de cansancio del herido soviético—. Lo siento por usted, Pritchard, pero cuando aceptó el juego, ya sabía que podía terminar mal. Mala suerte, eso es todo. Y si me lo permiten quisiera dejar de hablar… Estoy verdaderamente fatigado, Baby.

—Que descanse, Eugen. Y feliz regreso a Rusia.

Baby cortó la comunicación, dejó la radio de fabricación soviética a un lado, y su mirada se clavó de nuevo en Jason Pritchard.

—No sé si me dejo algo por explicar —murmuró la espía—. Pero, realmente, ya ha habido aquí demasiadas explicaciones.

—¿Qué quiere decir? —Jadeó Pritchard—. ¿Qué piensan hacer conmigo?

—Generalmente, soy magnánima —dijo Baby—. Y la prueba la tiene en Eugen Katchurian, que cuando se reponga de su herida será puesto en ruta hacia Moscú. Es un colega que ha estado haciendo

un trabajo. Pero usted, que desde luego jamás ha merecido ser llamado Simón por mí, ni siquiera merece ser llamado colega. Usted no es un espía, Jason. Usted es solamente un miserable que solo merece la muerte.

—¿Va a matarme? —gritó Pritchard—. ¡No puede hacer eso!

—¿Por qué no? —Frunció el ceño Brigitte Montfort—. En este asunto han sido puestos en su órbita de muerte varios hombres. ¿Por qué no usted que es solo un traidor, o sea, el que menos vale de todos ellos?

—No, no. ¡No puede matarme!

—Como tantos otros está usted equivocado —dijo Baby.

La pequeña pistolita de cachas de madreperla apareció en su mano, y apuntó rápidamente hacia Jason Pritchard. Este lanzó un grito de pánico, y se puso en pie de un salto, desencajado el rostro.

Ni siquiera pudo llegar a hacer más peticiones de clemencia.

¡Plop!, chascó la pistolita de Brigitte Baby Montfort.

# Este es el final

—¿De verdad lo mató? —murmuró Andrés Salmerón—. ¿De verdad lo mató usted fríamente y con su propia mano?

—Bueno…, con mi propia mano, no —sonrió la hermosa rubia de ojos verdes—. Ya le digo que utilicé mi pistolita especial.

Andrés Salmerón, instalado en una habitación de una confortable y bien atendida clínica, vendado el torso y todavía muy pálido y con los ojos hundidos y rodeados de un tono violáceo, estuvo unos segundos mirando fijamente a aquella criatura que a él continuaba pareciéndole angelical.

—No me lo creo —murmuró—. Está usted gastándome una broma.

—No vamos a discutir por eso, Andrés. Pero se convencerá cuando salga usted de aquí y vea que Jason Pritchard no aparece por ninguna parte. De modo que su trabajo en ese sentido ha terminado. Supongo que la Dirección General de Seguridad de su país le buscará otro cometido acorde con sus grandes facultades de sabueso rastreador.

—O sea, que se ha enterado usted muy bien de qué y quién soy yo realmente.

—Pues sí. Lo que no conseguimos con anterioridad, cuando creímos que el traidor podía ser usted, tuvimos que saberlo cuando lo llevamos herido a la clínica y nos pareció que con el fin de no deteriorar las buenas relaciones entre la policía española y nuestros servicios especiales, debíamos informarles de que usted había tenido un percance. Fue entonces cuando, para sorpresa nuestra, supimos que usted… es… Vamos, yo diría que un espía, como yo misma.

—Más o menos —sonrió Salmerón.

—Espero que salga pronto de aquí. Y espero también que algún día volveremos a vernos, Andrés.

Andrés Salmerón se mordió los labios y desvió la mirada hacia el jarro donde una enfermera había colocado el ramo de claveles que la señorita Elena Martínez le había llevado al herido.

Tras unos segundos de contemplación de los hermosos claveles rojos, Salmerón volvió de nuevo la mirada hacia Elena.

—Yo tenía la esperanza de que se quedaría usted hasta que estuviera repuesto del todo. Me gustaría enseñarle mejor Barcelona… Y me gustaría tener tiempo para atreverme a decirle lo que siento por usted, Elena, aunque sé que no es española, sino que es una espía norteamericana, yo siento por usted…

Elena Martínez se inclinó hacia el herido y le besó en los labios suave y brevemente, pero consiguiendo de este modo impedir eficazmente que Andrés Salmerón continuase hablando. Y cuando tras besarlo, ella se irguió, no le dio tiempo a reanudar su explicación.

—No puedo esperar tanto tiempo, Andrés. Debo regresar a Washington, donde seguramente me están esperando instrucciones para atender alguna nueva misión. Pero, como le digo, espero que alguna vez volveremos a vernos… Hasta entonces, siempre le recordaré a usted como un simpático y buen amigo.

—¿Solamente eso? —murmuró Andrés Salmerón.

—Solamente eso. El resto de mis sentimientos ya fueron entregados hace tiempo a un hombre, Andrés. Y para siempre.

**FIN**